Gregorio Benítez

LA

TRIPLE ALIANZA

DE

1865

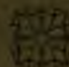
Escapada de un desastre

EN LA

GUERRA DE INVASION

AL

PARAGUAY



1904

"TALLERES MONS. LASAGNA"

ASUNCION



Gregorio Benites

LA

TRIPLE ALIANZA

DE

1865

Escapada de un desastre

EN LA

GUERRA DE INVASION

AL

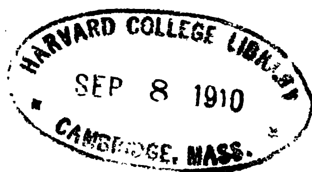
PARAGUAY



1904

TALLERES MONS. LASAGNA

ASUNCION



Hon. E. V. Morgan,
Montevideo

PRÓLOGO

Cuatro años habían transcurrido desde el comienzo de la guerra á que el Paraguay fué arrastrado por la ambición desmedida del último monarca americano.

En aquellos cuatro años de esterminio el mundo había admirado la inquebrantable altivéz y firmeza del presidente paraguayo que, al frente de su heroico pueblo, realizaba prodigios en la defensa del suelo patrio.

Curupayty, Humaitá, Lomas Valentinas, Itororó, Avahy, eran nombres que resonaban en todos los labios, despertando por doquiera la mas alta admiración.

Pero mientras aquella resistencia sobrehúmana tornaba hacia nosotros la mirada compasiva del mundo, que nos acompañaba con sus simpatías, el Paraguay agonizaba solo, hambriento, bloqueado por todas partes, desesperado.

En aquellas horas de cruél angustia un

joven paraguayo partía, sigilosamente, de Francia y se dirigía á los Estados Unidos. Iba á hacer el último esfuerzo por la salvación de su patria: iba á pedir protección al gran coloso de la democracia contra el gran coloso del imperialismo.

Pobremente, sin lujosos aparatos, como correspondía al hijo infortunado de una patria próxima á sucumbir, se presentó ante el primer magistrado de la Gran República, en nombre de los principios de confraternidad que deben unir á los hijos de este continente.

Solo pedía justicia para la causa de su país, que era la causa de la libertad; justicia para su país que allá en los confines de la América del Sud, hacía titánicos esfuerzos por romper en las manos de un emperador esclavócrata el cetro ignominioso de la opresión real. Pedía una intervención formal de los Estados Unidos que pusiera término á aquella contienda en que peligraba zozobrar la soberanía del Paraguay, prometiendo conseguir la cooperación de Napoleón, para el mejor éxito de esta humanitaria empresa.

El presidente norte-americano oyó, conmovido, al jóven diplomático, en cuya sencilla elocuencia vibraba el acento del patriotismo desesperado. Y aquel noble magistrado prometió intervenir en la sangrienta contienda del Rio de la Plata, en favor del Paraguay.

Poco después Napoleón III le espresaba sus simpatías por el Mariscal López y le prometía, tambien, mediar en la cuestión, para poner término á la lucha.

Podía decirse que el Paraguay estaba salvado.

¡Desgraciadamente era ya muy tarde!

Mientras aquel abnegado ciudadano conseguía tan poderosa protección para su patria desdichada, la guerra se terminaba con el inhumano asesinato del presidente paraguayo.

Aquel jcven desinteresado y patriota era don Gregorio Benitez, el distinguido autor de este libro.

Los antecedentes de sus gestiones diplomáticas, que forman un capitulo de esta obra, constituyen para él un título de legitimo orgullo que lo hace acreedor al res-

peto y á la gratitud de sus compatriotas.

*
* *

Don Gregorio Benitez es uno de los últimos representantes de aquella viril generación que nos diera tantos días de suprema gloria.

Nació en Villa Rica el 25 de Marzo de 1834.

Militar en sus primeros años, como lo eran necesariamente todos los paraguayos de su época, abandonó más tarde la carrera, después de haber alcanzado el grado de capitan, á pesar de su juventud.

Hombre de envidiable suerte, en una actuación política de cerca de medio siglo ha ocupado los más altos puestos y ha gozado siempre de las consideraciones debidas á sus méritos y á sus relevantes servicios.

Secretario del Mariscal López en 1856, lo acompañó en tal caracter en 1859, cuando éste medió en la contienda entre Buenos Aires y las provincias argentinas.

En 1860 fué nombrado secretario de la legación paraguaya en Londres, donde prestó señalados servicios á su gobierno y se entregó al estudio con notable aprovechamiento.

En 1864 se le confió una misión á Berlin, donde fué objeto de especiales consideraciones de parte del Rey Guillermo de Prusia.

Terminada, satisfactoriamente, su misión, recibió, al despedirse del soberano, la *Cruz de la Corona de Prusia.*

De vuelta á Paris se encontró con la noticia de que su país estaba envuelto en un conflicto internacional. Y aquí empieza el periodo mas interesante de su vida pública.

Su amistad con los mas notables pensadores y periodistas franceses contribuyó, poderosamente, para que el Paraguay consiguiera decididos partidarios que, sin ningún interés, hicieran una espléndida campaña en pró de su causa.

Los aliados, apesar del oro que gastaban y de las condecoraciones que prodigaban, nunca pudieron contrarrestar la viríl propaganda debida al esfuerzo de don Gregorio Benitez.

A fines de 1868 sustituyó al ministro don Cándido Bareiro, quedando como Encargado de Negocios. Ya vimos lo que hizo

en tal caracter, por salvar á su patría de su sangriento exterminio.

Concluída la guerra volvió al Paraguay, donde ocupó los más altos destinos. Fué plenípotenciario ante algunas cortes europeas, ministro de Relaciones Exteriores, miembro del Superior Tribunal de Justicia, Fiscal General del Estado y Director General de Correo y Telégrafos. Actualmente ocupa una banca en el Senado nacional.

Uno de los hechos que mas simpática é interesante hace su figura, es la estrecha, la fratenal amistad que le unió al Dr. don Juan Bautista Alberdi. el más genial pensador argentino.

Benitez fué el amigo querido, el íntimo confidente de aquella alma grande, de aquel amigo desinteresado del Paraguay, para quien sus compatriotas no tuvieron sino odio ímplacable por el enorme crimen de haber dicho la verdad, despues de haber echado los cimientos de su injusta patria, dándole las bases de su organización política.

En los días tristes y largos del destierro en que pasó toda su vida el eminente tucumano, Benitez conoció de cerca la inmen-

sa pesadumbre de aquella alma martir. Y su nombre está unido al más doloroso episodio de su vida, al que coronó la montaña de lodo con que quisieron aplastarle. Una carta del Dr. Alberdi á don Gregorio Benitez fué el documento que presentó el mas apasionado y feróz de sus perseguidores, para probar su supuesta traición y para arrojar las más espesas sombras sobre su nombre.

Felizmente, aquella carta, lejos de probar delito alguno, probó el desinterés de su propaganda y la rectitud de sus intenciones.

*
* *

En el presente trabajo, el Señor Benitez pone de manifiesto, una vez más, al par que su competencia, sus cualidades de escritor desapasionado al tratar cuestiones tan importantes de nuestra historia.

Su libro será leído con avidéz, pues encierra datos desconocidos, verdaderas revelaciones que vienen á aclarar puntos dudosos de aquella contienda que, á pesar de estar tan cerca de nosotros, tan poco conocemos.

Ningun escritor hasta el presente ha recordado el proyecto de los corsarios sudistas;

proyecto que á haberse realizado otra hubiera sido la suerte de la Alianza. Nadie ha hecho mención de las gestiones diplomáticas que estuvieron á punto de poner término á la guerra del Paraguay. Y, sin embargo, ambos hechos son de un subido valor histórico.

Al Señor Benitez le cabe, pues, la gloria de aportar á la historia americana tan importantes materiales.

JUAN E. O'LEARY

LA

TRIPLE ALIANZA

DE

1865



A MIS COMPATRIOTAS

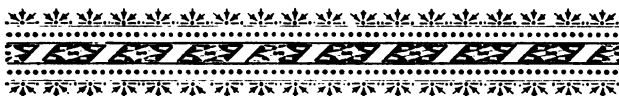
DEDICO

ESTAS CORTAS PAGINAS

EN TESTIMONIO DE AFECTUOSA

CONFRATERNIDAD

EL AUTOR



ACLARACION

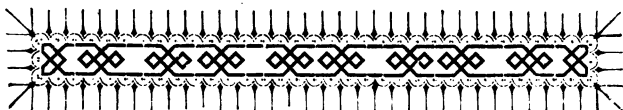
Habiéndome pedido algunos amigos que reimprimiera en un folleto el artículo titulado **19 de Febrero de 1868,** *que por fracciones fué publicado en varios números del diario* **LA TARDE,** *he resuelto confeccionar este pequeño volúmen; y como aclaración de las líneas con que concluye el artículo en referencia, me permito agregarle dos capítulos (IV y VIII) pertinentes, de un volúmen inédito, que trata de los antecedentes de la guerra del Paraguay, y de las causas que han facilitado con el triunfo definitivo de las armas de la triple alianza, contra el heroismo sublime del pueblo paraguayo, la destrucción completa de este noble mártir.*

El lector apreciará si, con la expedición de una flotilla de buques **corsarios,** *paraguayos, veloces y bien armados, con bandera*

nacional, los aliados hubieran podido proseguir la guerra en los dominios territoriales y fluviales del Paraguay; y si sus ejércitos de mar y tierra no se hubieran visto en la más grave y peligrosa situación, encerrados en los Rios Paraná y Paraguay.

Juzgará también si, en defecto de los **corsarios,** *la intervención colectiva de la Francia y Estados Unidos no hubiera cortado la guerra y producido la paz en los paises del Rio de la Plata.*

Los fundamentos de estos conceptos se encuentran en las conferencias tenidas con el Presidente General Grant y el Emperador Napoleón III (páginas 46 y 59).



19 DE FEBRERO DE 1868

I

Hoy hace 36 años que la escuadra encorazada del imperio del Brasil, al mando del capitán de mar y guerra Delphim Carlos de Carvalho, forzó el paso de *Humaitá* á las 3 de la mañana, en la oscuridad de la noche.

Es deber nacional recordar en este sublime día los prodigios de valor y la inquebrantable abnegación con que nuestros padres y hermanos lucharon, defendiendo ese baluarte de la soberanía de su nacionalidad y de la integridad de su territorio, contra la agresión de tres Estados vecinos.

Los sacrificios y las privaciones que soportaron con el estoicismo que causó la admiración de las naciones civilizadas, no debilitaron sus brazos en la gigantesca lucha que sostuvieron durante un lustro, contra la poderosa invasión extranjera.

De los escombros del Paraguay y de los lagos de sangre de sus hijos, surgían héroes de corazón inaccesible al abatimiento y á las penurias, que sin más recursos que el empuje de sus brazos y la fuerza de su indómito patriotismo, detuvieron por años el avance de las huestes invasoras, hasta que pudieron conseguir legar á las generaciones paraguayas una patria libre, soberana y de imperecedera gloria.

Así, es altamente laudable la idea preconizada por la juventud paraguaya de organizar una asociación que tuviera por misión especial la conservación, como *reliquias sagradas*, de las ruinas gloriosas del que se llamaba el *Sebastopol* paraguayo.

«Todos los que aman sinceramente las glorias nacionales deben llevar al crisol de la depuración histórica, aquellos elementos que deben concurrir para que el porvenir pueda juzgar con serenidad y justicia lo pasado.» (Jacques Ourique).

II

Al estallar la guerra entre el Parguay y el imperio del Brasil en 1864, esta nación

poseía una fuerza naval, la más fuerte de Sud América; su escuadra se componía de 45 buques de guerra, de los cuáles 33 cañoneras á vapor, y los restantes á vela. La tripulación de la flota era de 609 oficiales y 3627 de tropa (1).

Una parte de esos buques se encontraba en las aguas del Rio de la Plata. Eran los siguientes:

«Jequitinhouha» de 8 cañones; «Amazonas» 6; «Nictteroy» 28; «Ipiranga» 7; «Mearim» 8; «Recife» 6; «Beberibe» 8; «Magé» 7; «Araguay» 3; «Ybahy» 6; «Paranahyba» 6; «Paranaense» 4; «Belmonte» 8; «Itajay» 2; «Iguatemy» 5; «Greehalgh» 2; «Enrique Martins» 2; «Tacuary» 2; «Maracana» 1; total 19 cañoneras, con 199 piezas de artillería, la mayor parte de grueso calibre.

En Matto Grosso se hallaban el «Cuyabá» «Corumbá», »Anhambay», «Jauru» «Paraná» «Alpha», «Pepery» é «Yguazù».

Los demás buques de la armada imperial surcaban en diferentes puntos las aguas brasileras.

---

(1) Ouro Preto—*Amarinha d'Out' Ora.*

Además, en previsión de las ulterioridades militares con el Paraguay, el gobierno imperial del Brasil impartió órdenes urgentes á sus representantes en Europa, para que procedieran á comprar y mandar construir, en la brevedad posible, buques encorazados y transportes de guerra. A la vez ordenó la construcción en los astilleros de Río Janeiro, de varios monitores encorazados especiales, para operaciones de guerra en los rios *Paraná* y *Paraguay.*

Cuando en Diciembre de 1866, el almirante Joaquín José Ignacio, asumió el mando de la escuadra imperial, en sustitución de su cólega el barón de Tamandaré, este le entregó una flota de 38 buques, de los cuales 17 encorazados, y los demás fuertes cañoneras de madera, con 186 piezas de gruesa artillería, calibre de á 150, 120, 70, 68 y 32.

Los encorazados «Herval», «Mariz» y Barros», «Bahía» «Lima-Barros», «Silvado» «Colombo» y «Cabral», fueron construidos ó adquiridos en Europa.

«Algunos de estos encorazados, SINO TODOS, excepto el «Colombo» y «Cabral», dice el

visconde de Ouro Preto, ministro de marina del Imperio, durante la guerra del Paraguay, han sido construidos por cuenta de López.»

III

El nuevo jefe de la escuadra, en cuanto tomó posesión de su cargo, y de acuerdo con el mariscal de Caxías, general en jefe del ejercito imperial, se dedicó á preparar los pasajes de *Curupaity* y *Humaitá*, con conocimiento del generalìsimo de los ejércitos aliados.

Por las notas oficiales cambiadas entre el general Mitre y el mariscal de Caxias, últimamente publicadas en la prensa de Rio Janeiro y del Rio de la Plata, se ha evidenciado que las relaciones entre los generales de la triple alianza, no habían sido las más cordiales, durante el curso de la guerra.

El general Mitre insistía en que la escuadra imperial procediera á forzar los pasos de *Curupaity* y *Humaitá*. El almirante Ignacio que la mandaba respondía que *Curupaity* estaba preparado para una resis-

tencia séria á los ataques de la escuadra; como prueba de ello aducía, que el encorazado «Mariz y Barros» había ejecutado un pequeño movimiento para tomar carbón del depósito, é inmediatamente los paraguayos le tiraron desde la fortaleza 11 balas razas, de las cuales dieron en el blanco 9. Que el mismo día el encorazado «Barroso», habiéndose movido de su posición de vanguardia, la guarnición de *Curupaity*, le arrojó 20 tiros, también á bala raza, acertándole 11.

De lo que el marino imperial infería que el pasaje de *Curupaity*, si bien sería de efecto grandioso, podría ser tambien peligrosísimo.

El general Mitre, disconforme con esas objeciones, decía al mariscal de Caxías que, que si bien se trataba de forzar posiciones erizadas de dificultades, se trataba también, y en esto tenía razón el generalísimo, de una escuadra encorazada, que podría neutralizarlas. Que la operación de guerra en que se hallaba empeñada la triple alianza, tenía por base la cooperación de la escuadra, forzando los pasos de *Curupaity* y *Humaitá*.

A los argumentos é instancias del general en jefe replicaba el mariscal de Caxías, que sería indisculpable temeridad tentar el pasaje de *Humaitá* en las condiciones de defensa en que se encontraba esta fortaleza. Que con atacarla se podía acarrear la ruina total de la escuadra imperial.

Viendo el general Mitre que los jefes de la escuadra brasilera resistían á su autoridad de generalísimo, se vió obligado á expresarse al mariscal de Caxías en estos tèrminos: que «entre los principales elementos auxiliares del ejército de tierra, se encontraba la escuadra, y que esta se hallaba también bajo su dirección, y podía disponer de ella, como mejor conviniese á los intereses de la alianza,» En tal virtud le ordenó (á Caxías) que el almirante de la escuadra procediera á forzar los pasos de *Curupaity* y *Humaitá*. El almirante Ignacio, á quien trasmitió Caxías la órden del generalísimo, protestó contra ella, diciendo que no podía admitir la ingerencia del general Mitre en las operaciones de la escuadra á su mando. (1)

El desacuerdo entre los generales de la

(1) Jaques Ourique.

triple alianza había llegado á tal extremo, que el mariscal de Caxías escribió á su gobierno manifestándole que el general Mitre no quería concluir la guerra, porque con ella se enriquecían y empobrecían al Brasil. Que el generalísimo trataba por todos los medios de embarazar (atrapalhar) la marcha de las operaciones; que si estas hubieran continuado, la guerra habría ya terminado. «Qué quedo haciendo yo aquí, exclamaba el viejo jefe brasilero, á las órdenes de *un hombre que todo podrá ser, menos general*».

A esa acusación póstuma de Caxías, Mitre respondió, «si á alguno cuadra esta acusación, es á él mismo, que negando los títulos de general á quien le daba estas lecciones militares, acusaba pérfidamente á los aliados de no querer poner término á la guerra.»

IV

El almirante Ignacio que, sin duda, tenía presente el arrojo de que dieron testimonios prácticos sus adversarios, el 11 de Junio en *Riachuelo*, y posteriormente el 10 de Abril en la Isla frente á *Itápirú*, y en los combates de las *chatas* paragua-

yas con los principales encorazados del imperio en 1866, no querìa exponer la escuadra á su mando á un fracaso que consideraba seguro. Decía, que aun en la hipótesis de que la operación del doble pasaje de *Curupaity* y *Humaitá*, fuere coronado de feliz éxito, el rol de la escuadra quedaría cambiado, de *bloqueadora* en *bloqueada* entre las fortalezas de Humaitá y las posiciones paraguayas artilladas de *Timbó*, y otros puntos del litoral.

Los escrúpulos del almirante brasilero en lo relativo al pasaje simultáneo de *Curupaity* y *Humaitá*, no eran, indudablemente, de pura fantasía, sobre todo, siendo de táctica elemental no exponer nunca al azar el resultado de una operación de guerra, siempre que se pueda iniciarla con probabilidades, sino *seguridad* de buen éxito.

«La operación puede y debe ser tentada con las precauciones necesarias, decia el almirante Ignacio, siendo el deber primordial del jefe, á quien su gobierno le confía una fuerza para hacer la guerra en países lejanos, sacar de ella todo el provecho, con el menor sacrificio posible. Más que inepcia,

sería crímen el aventurar la escuadra á peligros ciertos, reconocidos por todos, sin esperanza de éxito.»

El marino brasilero opinaba que sus buques encorazados podrían efectuar con éxito el pasaje de *Curupaity*, á pesar de todos los elementos de resistencia allí acumulados por los paraguayos, yendo á colocarse entre esta fortaleza y *Humaitá*, para de allí abrir sobre esta un bombardeo récio, á fin de dañar y destruir sus obras vivas de defensa, y cortar las cadenas que obstruían el canal del río; pero no estaba conforme con la opinión del generalísimo, de embestir la fortaleza de *Humaitá* con buques averiados, en el pasaje de *Curupaity*. Era racional.

Consultado por el almirante Ignacio, el mariscal de Caxías resolvió que la escuadra procediera á forzar solamente el paso de *Curupaity*, dejando al arbitrio del almirante la organización y ejecución del arriesgado pasaje. Al efecto, el almirante designó los encorazados «Brasil», «Tamandaré», Colombo», «Mariz Barros», «Cabral», Barroso», «Herval», «Silvado» y «Lima Bárros», llevando á remolque las chatas, también enco-

razadas, «Cuevas», «Riachuelo» y «Lyndoía».

El 15 de Agosto de 1867 á las 6 horas a. m. levaron ancla dichos buques. y siguieron aguas arriba, llevando la vanguardia el «Brasil», con la insignia del jefe de la escuadra José Ignacio.

Las cañoneras de madera «Ipiranga», «Yguatemy», «Magé», «Paranahyba», «Beberibe» y «Recife», que pasaron á ocupar la posición abandonada por los encorazados, rompieron un fuego violentísimo sobre las baterías de *Curupaity*, secundadas por las bombarderas «Pedro Alfonso» y «Coimbra».

Los encorazados seguían su marcha aguas arriba sin preocuparse de las descargas de la gruesa artillería, de las metrallas y fusilería que llovían sobre ellos de las posiciones paraguayas. Segun la afirmación de Ouro Preto, las cañoneras de madera arrojaron esa vez sobre las fortificaciones de *Curupaity* 665 proyectiles de gruesa artillería, entre balas razas, bombas y metrallas.

Inútil es decir que los blindados imperiales no pasaron impúnemente por delante de *Curupaity*. Recibieron fuertes descargas de gruesa artillería, que les causaron sérios des-

perfectos en su casco y pérdidas sensibles en el personal de su tripulación.

Entre los heridos de gravedad se encontraba el comandante del «Tamandaré», capitán de fragata Elisiario Barbosa.

Una bala de las baterías de *Curupaity* perforó el condensador de la máquina del «Tamandaré», paralizándole su movimiento debajo de las baterías paraguayas. La circunstancia llegó á ser muy crítica, dice Ouro Preto, que un auxilio era urgente, pues, si un buque hubiese quedado en el canal, habría hecho fracasar el éxito de la expedición. En vista de la grave situación del «Tamandaré el comandante del «Silvado», capitán de fragata, Coimbra, dirigió un buque hacia él, y lo tomó á remolque. La operación era árdua, pues se efectuaba en un canal estrecho, y por tanto peligroso, bajo el violentísimo fuego de las baterías de *Curupaity*.

El pasaje se efectuó en dos horas, más ó menos, recibiendo los encorazados, al pasar, la explosión de la artillería y fusilería de las baterías paraguayas, á que resistieron victoriosamente.

Fueron á echar ancla entre esta fortaleza

y la de *Humaità*, formando la línea de vanguardia los encorazados «Silvado», «Cabral», «Bahía» y Barroso». En otra línea se colocaron el «Tamandaré», «Colombo», «Brasil» «Herbal» y «Marriz Barros».

Estos con vista á *Curupaity*.

Desde su fondeadero empezaron el mismo día á bombardear las fortificaciones y el campamento de *Humaitá*, el *Sebastopol* paraguayo, igual sinó superior á *Gibraltar*, á *Sebastopol*, á *Richmond*, según el concepto autorizado del visconde de Ouro Preto.

V

De *Curupaity* á *Humaitá*, el curso del río Paraguay forma varias curvas; en la extensión de la barranca, que empieza en el recodo ó vuelta de la parte Oeste de *Humaitá* y sigue al Este, se han construido baterías de *Casamata* y *a barveta*, desde el año 1855. La célebre batería *Londres*, tenia 16 piezas de grueso calibre, la batería *Cadenas* 18.

Las dos estaban situadas en el centro de la curva, como base de las demás baterías que se extendian á derecha é izquierda, en una extensión aproximada de 8000 metros.

Eran las siguientes: «Amboró» con 10 cañones; «Concha» 14; «Tacuarí» 6; «Octava» 11; «Carbon» 12; «Umbú» 11; «Comandancia» 5; «Humaitá» 2; «Maestranza» 1; «Coimbra» 3.

Con los cañones de estas baterías y los de las construidas del lado de tierra, el canal del Río, en la extensión de la curva, ó vuelta de *Humaitá*, estaba defendido por más de 150 piezas de diversos calibres, las cuales podrían converger, en caso necesario, hasta 125 ó 130 proyectiles en un mismo punto ú objeto.

La fortaleza de *Humaitá* estaba al mando en jefe del coronel Paulino Alén, siendo su 2º, 3º, 4º y 5º respectivamente, el de igual clase Francisco J. Martinez, y los comandantes Pedro Gill, Remigio Cabral y Pedro Hermosa. Los cuatro últimos, pertenecientes al arma de artillería, tuvieron la dirección de las baterías en los combates con la escuadra enemiga.

Los ayudantes del coronel Alén, que impartían sus órdenes, eran 8 á 10 oficiales, entre ellos los tenientes Juan Asencio Roa y N. Almada, siendo el primero su favorito y brazo derecho. Cayeron prisioneros de

guerra en el banco, frente á *Humaitá*, con las reliquias de los defensores de este baluarte de la pátria paraguaya.

Tal fué la posición paraguaya, que los jefes de la marina imperial no querían embestir, sin que antes consiguieran la destrucción de sus obras vivas de defensa, por medio de bombardeos incesantes por el lado del río y por tierra. Es la táctica de que hicieron uso, con prescindencia de la opinión del generalísimo de los ejércitos aliados, que pretendía que la escuadra brasilera, que había forzado el paso de *Curupaity* con graves averías de sus principales encorazados, tentara en seguida el pasaje de *Humaitá*.

Indudablemente, hubiera sido peligroso para la escuadra imperial el aventurar con buques estropeados, en su casco y maquinarias, el pasaje de una fortaleza de las condiciones naturales y artificiales de *Humaitá*. Aunque la flota no se destruyera totalmente, (cuyos designios le han atribuido al general Mitre *sus ex-aliados*) habría quedado destrozada é inutilizada por mucho tiempo, con algunos de sus buques echados á pique, probablemente.

Por tanto, los jefes de la marina brasilera, al resistir á las sugestiones temerarias del generalísimo, procedieron con acierto, y sobretodo de conformidad á los intereses primordiales de su país, no exponiendo el resultado de las operaciones de la escuadra al azar de un ataque aventurado.

Así, con preparar préviamente, en la forma que lo hicieron, la embestida á la fortaleza de *Humaitá*, los jefes de la escuadra imperial facilitaron el éxito de la empresa, con el menor sacrificio posible.

VI

Aprovecho esta oportunidad para rectificar, con el conocimiento personal que tengo, dos puntos, que escritores de los dos países ex-aliados y los desafectos al ex-gobernante paraguayo, mariscal López, se empeñan en transmitir á la historia ADULTERADOS, como hechos realmente verídicos. Son los siguientes:

1° Los señores Schneider (y su erúdito anotador), Nabuco, Ouro Preto, y otros publicistas de la extriple alianza, aseveran en sus respectivas obras sobre la guerra del

Paraguay, más ó menos en los mismos términos, que el Brasil imperial había instruido al ejército y marina del Paraguay, por medio de sus oficiales, Porto Carrero, Cabrita, Soares Pinto y Caminada, y que *le construyó sus baterías de Humaitá y todo el sistema de su defensa.* Nada más inexacto.

El autor de estas líneas se encontraba en el ejército de la República establecido en Paso de Patria, allá por el año 1851, y vió efectivamente á dos oficiales brasileros. el capitán Porto Carrero y teniente Cabrita, como instructores del regimiento de artillería al mando del capitán Vallovera, más tarde coronel, muerto en la guerra. No ha visto á ningún otro oficial brasilero en el ejército paraguayo, ni en la marina, en aquella época, ni posteriormente, como instructor, ni en otro carácter.

De haber sido los oficiales Porto Carrero y Cabrita instructores de los artilleros paraguayos en 1851, y que, verdad es, formaron discípulos muy aprovechados, como el entonces alférez, más tarde general Bruguez, el héroe de *Riachuelo*, *Cuevas*, *Itapirú*, no se sigue que el imperio haya sido el constructor de las baterías de *Humaitá*, y de todo el sistema de la defensa

del país. Es una aseveración *absolutamente falsa*, como voy á demostrarlo.

El lector recordará que el 20 de febrero de 1855 arribó á las *Tres Bocas* una escuadra brasilera de 20 cañoneras de guerra, con 130 piezas de artillería, calibre de á 68 y 32, al mando del almirante Pedro Ferreira de Oliveira. Su tripulación se componía de 2061 plazas. Además, la escuadra tenía 3000 hombres de desembarco.

Cuando el presidente don Carlos A. López tuvo conocimiento de que la escuadra brasilera se encontraba ya en *Corrientes*, con dirección al Paraguay, ordenó la inmediata evacuación del campamento militar de *Paso de Patria* y su traslación á *Humaitá*. El ejército, fuerte de 6000 hombres de las tres armas, se movió de su antiguo campamento el 4 de Febrero á las 8 de la mañana. Llegó á su destino á eso de las 12 del día.

Humaitá era entonces una simple guardia fluvial, donde hacía servicio semanal un piquete de 20 hombres con un oficial. Luego que llegó el ejército á su nuevo campamento, el jefe de estado mayor general, coronel Wenceslao Robles, más tarde general,

dispuso el desmonte y la limpieza de toda la localidad, para establecer en ella los cuarteles del ejército.

Pocos días después llegó, procedente de la Asunción, el general en jefe del ejército, don Francisco S. López. Sin pérdida de tiempo procedió, con el coronel Wisner, á la demarcación de todas las baterías que se construyeron rápidamente sobre las barrancas del río. El ejército trabajò en estas obras de día y de noche, turnándose los cuerpos de distintas armas, hasta que las baterías quedaron concluidas y listas, en menos de quince días, para entrar en acción. Todas ellas tenían sus parrillas subterráneas con balas caldeadas, en espera de la escuadra imperial, que entonces era de madera, que ya se hallaba anclada en las *Tres Bocas*.

En cuanto penetró la flota brasilera en las aguas del Paraguay, el jefe de la escuadrilla paraguaya situada en el *Cerrito*, capitán Pedro Ignacio Meza, notificó por medio de una nota al almirante brasilero, que no podía seguir adelante, sin permiso especial del gobierno de la República. Entonces el jefe brasilero, respetando la noti-

ficación de Meza, hizo fondear toda su escuadra en las *Tres Bocas*.

El mismo día 20 de febrero, el almirante Oliveira dirijió una nota al gobierno paraguayo, por intermedio del comandante de la guarnición del *Cerrito*, participándole su venida en misión diplomática, para tratar y arreglar las cuestiones pendientes entre el Paraguay y el Brasil. El ilustre almirante tuvo á bien terminar su nota con esta especie de amenaza: . . . «el abajo firmado aguardará en el punto en que se halla con la escuadra de su comando la respuesta de esta nota, *seis días*, contados desde hoy á las 12 del día; vencidos los cuales seguirá su marcha hasta la Asunción, donde presentará sus plenos poderes»

Era muy extraño que el monarca brasilero, don Pedro II, teniendo á su disposición un selecto cuerpo diplomático, haya confiado una delicadísima misión diplomático, á un oficial de marina. Le exponia á jugar un rol desairado.

Contestando al almirante su nota de 20 de febrero, el Ministro de Relaciones Exterioaes don José Falcón, le dijo con fecha

23 del mismo, que semejante forma de misión diplomática era inusitada, injuriosa y ofensiva al honor y dignidad de una nación independiente. Que apesar de que con solo el apresto bélico y aparato militar se había inferido yá al pueblo paraguayo una injuria y gravísima ofensa, el presidente de la República, cediendo á los deseos de conservar relaciones amistosas con el Brasil, recibiría al señor almirante, *si préviamente hiciera salir fuera de los aguas de la República toda la escuadra de su mando*, y arribase el Rio Paraguay hasta la Asunción, solo en el buque que llevaba su insignia. Le advertía que si insistiese en remontar el Río Paraguay con su fuerza naval, cargaría con la responsabilidad de agresor gratuito, no provocado; pues pondría á la República en la indeclinable necesidad de defenderse, sin reparar en el resultado de la lucha, ni detenerse en la superioridad de poder y fuerza de que disponía (el almirante).

El jefe de la flota imperial. acatando la intimación del gobierno paraguayo, y no contando aun entonces el Emperador don

Pedro II con la complicidad de los generales Mitre y Flores, tuvo que hacer salir todos los buques de su escuadra fuera de las aguas de la República. Remontó el Río Paraguay en la cañonera «Amazonas» el 27 de Febrero, y llegó á la Asunción el 15 de Marzo, habiendo sufrido dicha cañonera varias varaduras en el curso de su viaje.

El almirante diplomático fué recibido en audiencia pública por el presidente López, el 29 de Marzo á las 11 de la mañana.

Por los detalles que preceden, queda comprobado que las fortificaciones de *Humaitá* fueron construídas para la defensa del pais, contra la posible agresión de la escuadra brasilera, al mando del almirante Ferreyra de Oliveira. Por consiguiente, es absurdo decir que esas obras militares, destinadas precisamente á combatir á la flota imperial, fueran construídas por el Brasil. ¡Irrisión!

La verdad es, que el imperio obligó al Paraguay, con la amenaza de su escuadra, en 1855 á improvisar el *Sebastopol* paraguayo. Quizás por esta circunstancia, los escritores y estadistas mencionados se han creido autorizados para adjudicar al imperio la pater-

nidad de las fortificaciones de *Humaitá*, y del sistema de las defensas del país. Es la única forma en que el imperio podía arrogarse el título de autor de dichas fortificaciones y de las defensas del Paraguay.

y 2º : El proyecto de *corona imperial* del Paraguay, atribuido al mariscal López.

Sabe el lector en qué consistia ese famoso proyecto de cambiar el sistema democrático de la vida política del Paraguay?

En un *molde, ó proyecto de corona* que la familia de López había pedido al caballero francés, don Antonio Gelot, para la imágen de la Asunción, patrona del Paraguay, con motivo de haberse mandado edificar una capilla para la misma, en la calle *Palma*, esquina 25 de Diciembre, cuya capilla existe inconclusa hasta aquí.

El proyecto, ó *molde* de corona, antes de ser enviado á su destino, fué sometido á la apreciación del que suscribe, estando en París. Fué enviado á la Asunción como muestra, con varios otros objetos pedidos al mismo señor Gelot, entre ellos, unos magníficos candelabros para la misma capilla. Todos estos objetos, remitidos de París, llegaron á

Buenos Aires, á consignación de don Féliz Egusquiza, agente comercial del Paraguay, en los momentos en que se producia la ruptura de relaciones entre el Paraguay y el gobierno argentino de la época. De manera que este se creyó con derecho á reducir á prisión al agente paraguayo, y apoderarse, como se apoderò, de todos los objetos á el consignados, candelabros, (estos adornan hasta la fecha los altares de la Catedral bonaerense) muebles, cajones de paño, armamentos.

En cuanto al *molde* de la célebre corona tuvo la misma suerte que todos los objetos consignados al señor Egusquiza, y debe encontrarse en poder de algún alto personaje, que lo conserva para hacer de él el uso que se hace, como instrumento, para desprestigiar la memoria del mariscal López, en el concepto de las naciones republicanas de América.

Es un bien triste expediente, á que recurren sus enemigos y desafectos!

Lo más sencible es que hasta ciertos escritores paraguayos talentosos, insospechables de ser simples plagiarios, incurran en

la extravagáncia de reproducir, bajo su responsabilidad, la afirmación *fantástica* del doctor Estanislao Zeballos, publicada en la *Revista de Derecho, Historia y Letras,* á saber: «si el mariscal López hubiese triunfado en la guerra, *habría conquistado el Río de la Plata y el Brasil, fundando* SU SOÑADO IMPERIO DEL PARAGUAY.»

Conquistar el Rio de la Plata y el Brasil, dice!

De dónde inventaron los publicistas antiparaguayos semejante *canard?*

En qué antecedentes ó documentos fehacientes lo pueden fundar ó comprobar?

En ninguno, absolutamente.

A esa adulteración lastimosa de la brillante historia militar del Paraguay, ha dado lugar el *proyecto* ó *molde*, secuestrado, de la corona destinada á la imágen de la Asunción, patrona del Paraguay.

«Es preciso poner de una vez para siempre los puntos sobre las *ies* de nuestra historia militar, escribiéndola de un modo completo, á fin de ser trasmitida á la posteridad con la debida fidelidad» (1).

(1) general Leite de Castro.

VII

Sí el pasaje de *Humaitá* se hubiera emprendido á raiz del de *Curupaity*, es muy posible que los aliados hubiesen tenido una 2ª edición del contraste de 22 de Setiembre, quizás de más trascendentales consecuencias para la triple alianza.

El general Mitre, por la temeridad de sus exigencias militares, ó por la extremada confianza en la bondad de sus planes, relativos al doble pasaje de *Curupaity* y *Humaitá*, se había expuesto á la desconfianza y desacato de sus compañeros de causa, que militaban bajo sus órdenes.

El ya citado ex-ministro de Marina del imperio brasilero, al referirse á la actitud de la escuadra al mando del almirante José Ignacio, en frente de Humaitá, se expresa en estos términos:

«No eran las balas ni los torpedos del enemigo que detuvieron al comandante de la escuadra delante de *Humaitá*. Con mayor ó menor perjuicio hubiera pasado sus baterias y fortificaciones; pero sucede que la estrechez del canal del rio no permitía la

marcha de los buques, sino en una sola hilera, lo que habría facilitado al enemigo concentrar los fuegos de toda su artillería sobre cada buque sucesivamente. Algunos se hubieran sumerjido y otros habrían podido seguir.

«Antes de llegar á las últimas trincheras en la mayor estrechez del río, hubiera sido necesario romper á golpes de proa de los encorazados de más fuerza las cadenas que interceptaban el canal del río, El combate podría haber sido eficaz ó nó. Pero si el ataque hubiese fallado. ¿qué hubiera sucedido?

«El ariete no podría descender el río de popa, ni dar vuelta para efectuar una segunda embestida, obligado por la fuerza de la correntada del agua á resbalar en dirección oblícua de las cadenas, arrastrándole sobre la playa de la barranca, donde no podría escapar á las balas, metrallas y fusilería, á quema ropa. del enemigo, y probablemente á un abordaje.

« *La posesión de un solo encorazado* agrega con fundado espanto el estadista brasilero, *hubiera sido de tal importancia*

para López, que para adquirirlo no habría vacilado en sacrificar sus más aguerridas tropas, como lo ha probado posteriormente. Entonces tenía aún 10 vapores con capacidad para trasportar de 300 á 400 hombres.»

Es de suponer que el general Mitre al imaginarse la fácil practicabilidad del pasaje simultáneo de *Curupaity* y *Humaitá* por la escuadra imperial, haya padecido alguna alucinación, como ya en otra ocasión había sido víctima de su ímpetu militar, delante de las fortificaciones de *Curupaity.*

Más, el almirante que mandaba la escuadra brasilera, no participaba de la ilusión del genesalísimo, de suerte que procedió con criterio profesional, evitando la ejecución de una empresa en extremo peligrosa, en que sus buques podían haber sido destruídos parcialmente, ó en su totalidad.

Así, por medio del bombardeo de los encorazados, secundados por la artillería de sitio de los ejércitos invasores, por espacio de 6 meses, de 15 de Agosto de 1867, á 19 de Febrero 1868 contra las fortificaciones de *Humaitá,* el almirante Ignacio preparó con eficacia el éxito de la operación de la

escuadra á su mando en las aguas paraguayas; después que el bombardeo incesante produjo sus efectos destructores, arrasando los edificios públicos del campamento y las obras de la fortaleza de *Humaitá*, el almirante Ignacio recibió del ministro de marina, Ouro Preto (autor competente de la obra de que tomamos varios datos complementarios de los que poseemos sobre la guerra del Paraguay) una carta *reservadísima* con fecha 26 de Diciembre de 1867, en que le decía: que «no habiendo prababilidad de hacer callar á las baterías de *Humaitá* por los medios ordinarios de la guerra, empleados hasta aquí; desde que el pasaje de aquellas baterías ofrece condiciones de practicabilidad, que anteriormente no existían; y finalmente, desde que nada hemas hecho aun para llegar á la convicción de lo imposible, creo, señor almirante, que V. E. *va á emprender, si ya no ha ha emprendido, la solución del grande y glorioso problema.*

«Pienso en la posibilidad de efectuar el pasaje durante *una noche oscura* y *aún tempestuosa.*»

En aquella fecha los ejércitos de la triple alianza, fuertes de 40 mil hombres de las tres armas, habian conseguido flanquear por la izquierda las posiciones del cuadrilatero paraguayo, y ocupaban ya *Tayí* y *Villa del Pilar*, sobre la márgen izquierda del Rio Paraguay. Estos puntos estratégicos fueron inmediatamente fortificados, á fin de impedir toda comunicación de *Humaitá* con el interior del país.

Las balas del encorazado «Silvado» habían conseguido destruir las *chatas* que sostenían las cadenas que obstruían el canal del río, en frente de *Humaitá*. La hermosa iglesia reducida á escombros, había sido el blanco favorito de las balas y bombas de los encorazados, durante seis meses. Los cuarteles del ejército derribados, é incendiados la mayor parte. Algunos cañones de las baterías desmontados.

Además, habiendo la creciente excepcional del *Río Paraguay*, en aquella época, dejado á las cadenas muy debajo del agua, los buques de la escuadra enemiga podian pasar, como en efecto pasaron por sobre ellas, sin el menor obstáculo.

VII

Preparado y resuelto el pasaje de H*umaitá* por los generales de la triple alianza, después de un bombardeo incesante de la escuadra encorazada, en combinación con el ejército sitiador por tierra, *durante un semestre*, á las fortificaciones de *Humaitá*, zarparon de su fondeadero los acorazados «Barroso», «Bahía» y «Tamandaré», llevando á sus costados á los monitores, tambien blindados, «Rio Grande», «Pará» y «Alagoas», el 19 de Febrero de 1868, á *media noche*, dirigiéndose aguas arriba.

Los demás buques encorazados de la escuadra enemiga, tomaron posiciones estratégicas para proteger la acción de los que emprendian el arriesgado pasaje de la famosa fortaleza. «El Silvado» se encargó de ametrallar á la batería *Londres*; el «Lima Barros», «Cabral», «Colombo», «Brasil», «Herval», «Mariz Barro », y las cañoneras de madera la «Mearim» é «Igualemy», fueron destinadas á bombardear simultáneamente y sin interrupción, las fortificaciones y campamento de H*umaitá*, á fin de distraer

la atención de sus defensores, de los seis encorazados que emprendían el pasaje.

Los paraguayos, en cuanto se apercibieron del movimiento de la escuadra enemiga con dirección á *Humaitá*, largaron de Curupaity cohetes voladores, como aviso convenido de ese movimiento; así, en cuanto penetraron los encorazados en el canal del rio frente á la fortaleza, los cañones de ésta empezaron á tronar en combinación con la artillería colocada en el Chaco. Pronto, dice el citado general Leite de Castro, el gran escenario se convirtió en una especie de temblor de tierra en noche tempestuosa, iluminándose por instantes por millares de relámpagos que se cruzaban en el aire por todas partes.

Los artilleros paraguayos, encendieron grandes fogatas sobre las dos orillas del rio, á fin de que las llamaradas reflejadas en el agua les facilitasen los medios de fijar sus punterías á las naves enemigas.

Los encorazados emprendieron el pasaje de *Humaitá* en absoluto silencio, sin tirar un solo cañonazo. Su empeño fué salvar el mal paso á toda fuerza de máquina, en la

oscuridad de la noche, á fin de evitar las balas razas, las metrallas y la fusilería que llovian sobre ellos de las fortificaciones paraguayas.

Los siete encorazados y las dos cañoneras de madera, colocados en parajes estratégicos del rio, desempeñaron activa y eficazmente su misión, bombardeando sin cesar á la fortaleza y campamento de *Humaitá*.

En toda la extensa curva de las fortificaciones paraguayas, y las posiciones de los aliados, tanto en el rio como en tierra, ardía un incendio infernal, como si procediera de centenares de *cráteres* en incesantes explosiones, despidiendo chispas siniestras y mortíferos proyectiles.

Las bombas, las balas razas y descargas de fusilería, se mezclaban y se sucedian de tal modo que no habia intervalo de un minuto, ni reposo de un instante (Ouro Preto).

Eran las 3 de la mañana, cuando en medio de los estampidos de los cañones se vió estallar en el aire en la inmediación de la boca del *Arroyo Hondo* un enorme cohete lanzado por el encorazado «Bahia», que llevaba la insignia del jefe Delphim de Car-

valho, como señal convenida entre los jefes de la escuadra imperial y los de los ejércitos de tierra, de haber transpuesto los encorazados el temible paso del *Sebastopol* paraguayo.

IX

Con el paso del canal de *Humaitá*, los blindados imperiales no habían concluido aún con los obstáculos artificiales del *Rio Paraguay*. Una legua arriba de *Humaitá*, López había construido nna nueva fortaleza sobre la barranca del rio, en el parage llamado *Timbó* con 12 piezas de á 68 y 32. Este nuevo *Sebastopol* estaba bajo el mando del general Bernardino Caballero, el temible *cauchemar* de los generales de la triple alianza. El capitán de fragata Domingo A. Ortiz y los tenientes de navio José M. Mazó y José Fariña, eran sus dignos compañeros. Son los mismos artilleros que habían dirigido los fuegos de la batería de «Itapirú» y de las *chatas* paraguayas, contra los encorazados brasileros en 1866.

Según los partes oficiales de los comandantes de los buques que componian la es-

cuadrilla operante. en *Timbó* sufrieron los encorazados mayores estragos que en frente de *Humaitá*. La razón es óbvia: por frente de H*umaitá* pasaron á toda fuerza de máquina en la *oscuridad de la noche*, con los portalones cerrados y el blindaje de los buques reforzado con bolsas de arena, tablones de madera y cadenas de fierro; mientras que á *Timbó* llegaron yá de día gravemente estropeados, y se vieron en la imperiosa obligación de responder en defensa propia, á los fuegos de esta fortaleza, cuyos proyectiles recibían numerosos.

El *monitor Alagoas*, que había sido desprendido del costado del *Bahia*, á los golpes de las balas de la bateria del Chaco, lanzadas por el teniente de marina José P. Urdapilleta, escapó milagrosamente á las peripecias de que fué victima al subir y bajar el rio 3 ó 4 veces, en medio de las balas y metrallas arrojadas sobre él de H*umaitá*. Llegó á *Timbó* ya después que los demás buques habían pasado con dirección á *Tayi*. ¿Qué le sucedió?

Veinte canoas paraguayas con gente de abordaje, le atacaron tenazmente, siendo de-

fendido con bravura por sus tripulación que rechazó los ataques impetuosos del enemigo, echando á pique á metrallazos más de 12 de las canoas agresoras. El resto, con sus tripulantes destrozados, se replegó á *Timbó* viendo que no podían apoderarse del inexpugnable *monitor*.

Los encorazados llegaron á *Tayí* á las 10 de la mañana con graves averías. recibidas en el paso de *Humaitá* y en frente de *Timbó*.

El «Barroso» llevaba 16 balazos; el «Bahia», buque almirante, 145; el «Tamandaré» 110; el «Pará» 63; el «Rio Grande» 6; y el «Alagoas» al mando de su intrépido comandante, teniente 1° Joaquin A. Maurity, sufrió más que todos. No tenía un metro cuadrado de su casco sano, *(Nación Argentina* Febrero 27 1868).

«Tres de los buques, el «Tamandaré», el «Pará» y el «Alagoas» quedaron completamente inutilizados, y los mandé encallar inmediatamente, á fin de que no zozobraran». (*Parte oficial del jefe de la expedición* Delphim de Carvalho).

Al «Tamandaré» le perforaron la coraza

en la proa, por donde le invadía el agua con abundancia.

En general, los encorazados sufrieron pocas pérdidas en su tripulación, en muertos y heridos. Entre estos se encontraban el comandante del «Tamandaré», el jefe de la expedición y el práctico de la misma.

Tal fué la portentosa solución que tuvo el problema del pasaje de *Humaitá* que los generales de mar y tierra de la triple alianza han por años discutido.

X

Ha quedado bien constatado en todos los combates de los encorazados con las fortalezas paraguayas de *Itapirú*, *Curuzú*, *Curupaity*, *Humaitá y Timbó*, la deficiencia del poder de la artillería de estas plazas fuertes, para detener y destruir á buques blindados. Sus proyectiles apenas producían fuertes depresiones y sacudimientos más ó menos violentos en el blindaje de dichos buques, rompiendo pernos, perforando algunas chimeneas y las partes débiles de las corazas, como le sucedió al «Tamandaré» en

frente de *Humaitá*, y á otros encorazados delante de *Curuzú*.

Si el mariscal López no se hubiese precipitado en aceptar la guerra, á que fué provocado por el imperio del Brasil, y se hubiese dado el tiempo necesario para recibir los grandes *monitores* y los armamentos que había encargado á Europa, entre los últimos unas 36 piezas de artillería de posición, sistema *Krup*, contratadas en Alemania, con intervención personal del suscrito, entonces ningún encorazado de *agua dulce* habría sido capaz de embestir con éxito las mencionadas fortalezas, si estas hubiesen estado armadas con aquella artillería poderosa.

En efecto, cualquiera que tenga idea del poder formidable de la artillería *Krup*, comprenderá que colocados tales cañones en las baterías de *Curuzú*, *Curupaity* y *Humaitá*, la triple alianza no habria tenido un solo encorazado que pudiera aventurarse á pasar bajo sus fuegos, so pena de una destrucción segura. Más, López hizo el pedido de estos elementos bélicos con demasiado retardo; de manera que el representante

diplomático del imperio acreditado en Berlin baron de Itajuba, al tener conocimiento de la adquisición de cañones, por cuenta del Paraguay, hizo uso del derecho que otorgan las leyes internacionales á los agentes públicos, reclamando la detención de la artillería en referencia.

El gobierno prusiano, respetando los usos y las leyes invocados, impartió sus órdenes para que dichos cañones no fueran despachados al Paraguay, cuyas relaciones diplomáticas con el Brasil, se hallaban á la sazón muy tirantes, con motivo de la intromisión del ímperio en los asuntos internos de la República Oriental del Uruguay.

Esas y otras fueron las causas que facilitaron el triunfo de la escuadra encorazada de la triple alianza, contra los baluartes de la soberanía de la nación paraguaya.

Gregorio Benites

Villa Rica, Febrero 19 1904.

CAPÍTULO IV

Preparativos bélicos

I

Terminada la colosal guerra civil entre los Estados del Norte y el Sud de Estados Unidos de América, y despues que fué echado á pique el famoso corsario sudista *Alabàma* por el buque de guerra del gobierno de la Unión, el *Karseige* en un duelo singular, á cañonazos, delante del puerto militar de *Cherbourg* (Francia), muchos jefes y oficiales de marina y especuladores de los Estados vencidos dei Sud se refugiaron en Europa. Tenian disponibles, como es fácil comprenderlo, numerosos buques y armamentos que deseaban realizar ó vender.

Algunos de esos jefes y oficiales de marina que habian dirijido las excursiones marítimas de los terríbles *corsarios* Sudistas, se presentaron en la Legación Paraguaya, situada en los *Campos Eliseos* N. 97, el día

7 de Mayo 1866, á las dos de la tarde, y sin mucho preámbulo hicieron al Señor Encargado de Negocios de la República, mi amigo Don Cándido Bareiro, la siguiente proposición:

1ª. «Que se comprometian por un contrato que firmasen con el representante oficial del Paraguay, á organizar por cuenta de ellos una flotilla de *seis vapores*, de los más ligeros y fuertemente armados, que les habian servido en la larga guerra de secesión. Que la flotilla seria dotada de la tripulación y armamentos necesarios para hacer, con seguro éxito, la guerra marítima de *corso*.

2ª. «Que no siendo el Paraguay signatario ni adherente del tratado de Paris de 1856, tenia perfecto derecho á expedir *patentes de corso*. (1)

3ª. "Que no pedian á la Legación Paraguaya un centavo, un solo hombre, ni nada, para emprender y llevar á efecto la expedición marítima que proponian or-

(I) A raiz de su gran guerra de un lustro, el Paraguay, bajo la imperiosa sugestión de los gobiernos de la triple alianza, cuyos ejércitos ocupaban la Asunción, decretó su adhesión al tratado de París de 1856

ganizar. Que solo pedian al representante paraguayo que les proveyera de la bandera de su nación, y de los documentos necesarios, que acreditasen oficialmente el carácter de la expedición naval proyectada.

4ª. «Que si el Encargado de Negocios juzgase conveniente mandar á bordo de uno de los vapores de la flotilla á un ciudadano paraguayo, para que representára á la autoridad de su país, eso quedaba á su arbitrio.

5ª. «Que cederian á la Legación Paraguaya la mitad de las utilidades que reportase la expedición marítima en sus escursiones de guerra, sea capturando los numerosos buques mercantes y de guerra, que navegaban con bandera de las tres naciones aliadas, en el mar, por las costas brasileras y en el Río de la Plata; ó ya imponiendo fuertes contribuciones de guerra á las ciudades marítimas del Imperio, como *Pará*, *Pernambuco*, *Bahia*, *Rio Janeyro* y las demás de los paises de la triple alianza.

6º «Que la flotilla, prosiguiendo sus operaciones de guerra marítima, se presentaria en el Rio de la Plata delante de Montevieod y de Buenos Aires, á los efectos de la

guerra. Darian caza á todos los buques de guerra de la alianza que se encontrasen en el Rio de la Plata, y que por la inferioridad de su casco, de su artillería y de su velocidad, no podrian luchar con ninguno de los buques de la escuadra paraguaya.

7°. «Que terminadas sus operaciones de guerra, delante de las ciudades marítimas del Imperio y de las Repúblicas Oriental y Argentina, la flotilla iria á colocarse en el Rio de la Plata, de manera á cortar de una manera absoluta, toda comunicación por mar, entre Rio Janeiro y los ejercítos aliados en operaciones en el Paraguay. Que la numerosa escuadra de pequeños buques de madera (entonces), y los ejercitos de la triple alianza quedarian encerrados en los rios *Paraná* y *Paraguay*, hasta que se viesen obligados á capitular por hambre, ó á pedir la paz.

8°. «Que garantizaban en los tërminos más formales que las operaciones de la escuadrilla que se comprometian á organizar, en guerra, se llevarian á efecto con la mayor facilidad é infalible éxito.»

Siento no recordar los nombres de los

intrépidos marinos americanos. de graduación elevada algunos, á que me refiero; los tenia en mis apuntes entre los papeles que se me han sustraido de mi domicilio en 1874.

Cualquiera que tenga criterio común, y que no haya olvidado los célebres combates y abordajes de las chatas y canoas paraguayas con la blindada flota imperial, podrá fácilmente apreciar la practicabilidad y la trascendencia que hubiera tenido el plan de operaciones marítimas sometido á la sanción competente del representante diplomático del Paraguay, por marinos de la talla y cualidades especialisimas de los arriba mencionados, si su proposición hubiese sido aceptada y llevada á ejecución inmediata.

El señor Encargado de Negocios se manifestaba á veces muy entusiamado con el proyecto de operaciones marítimas que se le proponia, pero no se resolvia á aceptarlo de una manera definitiva, á pesar de la insistencia con que le solicitaban sus autores. Estos caballeros iban á la Legación todos los dias á conferenciar detenidamente con el agente paraguayo sobre tan importante asunto.

Comprendiendo la magnitud y trascendencia de la empresa me permitia, por mi parte, instar calurosamente al Gefe de la Legación, para que sin vacilación aceptara la salvadora proposición de los Gefes americanos. Le repetia la indicación de estos. á saber, que el Paraguay tenia lejìtimo derecho á expedir *lettres de marques*, ó *patentes de corso*, no siendo adherente al tratado de Paris de 1856; que siendo él, además, representante diplomático del Paraguay con facultades ilimitadas, podia competentemente expedir, á nombre de su gobierno, las *patentes de corso*, y proveer á los buques de bandera paraguaya.

El Señor Encargado de Negocios se manifestaba muy conforme con las indicaciones que le hacia, como compañero de tareas y amigo personal, y hasta me significó una vez que yo seria el designado para representar á la autoridad paraguaya, á bordo de uno de los buques de la flotilla, que se despachasen en operaciones de guerra; inútil, es decir, que acojía con entusiasmo febril la indicación del Gefe de la Legación, pues estaba tan convencido de que con esa

medida se prevenia el exterminio inminente del pueblo paraguayo.

Sin embargo, las idas y venidas de los personajes americanos á la Legación Paraguaya, por espacio de diez ó doce dias. acabaron por ser estériles, en razon de que el representante paraguayo les declaró terminantemente que no se animaba á expedir *patentes de corso*, sin instrucciones expresas de su gobierno.

Con esta declaración los marinos americanos se retiraron definitivamente.

II

La noticia de la oferta hecha á la Legación Paraguaya de una flota de *seis vapores* por los marinos americanos, para las operaciones marítimas de *corso*, había cruzado el Atlántico con dirección al Rio de la Plata y el Paraguay, según se colige de las correspondencias siguientes: la una procedente del ejército aliado, fechada en *Palmares* de Curupayty, el 13 de Julio 1866, y publicada en la *Nación Argentina* de 18 del mismo mes y año, y dice:

«Hacen algunos dias que circula una no-

ticia bastante alarmante (con razón se alarmaron).

«Se dice que el Paraguay ha podido por medio de sus agentes en el extrangero, armar algunos *corsarios*, que se proponen hostilizar al comercio brasilero, y *aun á los transportes que salgan del imperio* para las aguas del Rio de la Plata.

«Vds ahí, mejor que nosotros, pueden saber lo que hay al respecto; todo lo que sé es que va á formarse en Montevideo una división naval, que será mandada por el *baron de Amazonas* (Almirante Barroso), y se compondrá de las corbetas *Nicteroy* y *Amazonas;* y además, los cuatro encorazados que deben llegar á todo momento á Montevideo.

«Uno de esos encorazados *es el que el Paraguay habia mandado construir en Europa, y que fué vendido al gobierno brasilero»*.

La otra correspondencia fué dirigida de *Humaitá*, con fecha 9 de Setiembre 1866 al *Semanario* de la Asunción, y se expresa en estos términos:

«Se habla de *seis blindados Norte Americanos, que se dirigen de New York al Rio*

de la Plata. Se ignora el objeto de esa expedición, que ha servído para varias conjeturas en el ánimo de los partidos de la lucha terminada, en que se reparten las simpatías de estos pueblos (se refiere á la guerra civil de Norte América). Creyendo poder transmitirle en la próxima semana importantes noticias, se despide por hoy su *corresponsal»* (I).

Además, la *América* de Buenos Aires de 18 de Marzo 1866, publicaba una carta particular dirijida de Paris por un argentino caracterizado, con fecha 8 de Febrero 1866 que dice asi:

«Lo que extraño es que el Presidente López no haya dado *patentes de corso,* como han hecho los chilenos.

«Hace meses se dijo aqui que se estaba construyendo en Burdeos un vapor de hierro, por el modelo de los corsarios *sudistas,* por órden de los agentes paraguayos, y esto me tenia inquieto por el comercio de

(I) Se vé que en el Paraguay habian recibido tambien la noticia de la proyectada operación marítima de la flotilla de corsarios.

mi pobre patria, que sufriría mucho á la par del brasilero.

«*El corso es un recurso terrible* para los paises pobres, en lucha con otros más ricos y comerciales; es por eso, como argentino, celebro mucho que *no se haya ocurrido al Paraguay dar patentes de corso*».

La *Tribuna* de Buenos Aires de 10 de Mayo 1867 decia también sobre el particular lo siguiente:

«Nuestro poder de guerra fluvial, materialmente considerado es nulo, y si por acaso cayera un *corsario* paraguayo en nuestras aguas, impúnemente ofenderia nuestros pueblos y costas . . . . ».

Se comprende sin dificultad, que si el Paraguay hubiese expedido patentes de *corso*, como tenia derecho y necesidad de expedir, la guerra se hubiera muy pronto cortado, por cuanto los ejércitos de la triple alianza no habrian podido yá recibir ninguna clase de protección del Brasil, en víveres, municiones y contigentes milítares.

Los *corsarios* paraguayos hubieran perseseguido y destruido á cuantos buques brasileros se hubiesen aventurado á navegar entre

Rio Janeiro y el Rio de la Plata. Mas, por aquellas fatalidades del destino de las naciones y de los hombres, no se le habia ocurrido al Mariscal López autorizar *expresamente* á su legación en Europa, antes de su encierro en el Paraguay. para que organizara el servicio de *corso;* y su agente caracterizado, apesar de sus *plenos poderes*, no se animaba á subsanar la fatal imprevisión, ú olvido, de su comitente. (1) .

Con haberse situado la escuadrilla de *corsarios* en el Rio de la Plata, las cperaciones de los ejércitos de mar y tierra de la triple alianza, habrian llegado á ser de imposible prosecución. O sinó ¿Qué hubieran hecho en los Rios *Paraná* y *Paraguay* los buques de la armada y los ejércitos de tierra, con su pesado tren militar. de la triple alianza, careciendo de víveres, de municiones y de contingentes militares?

¿Por dónde hubieran salido del Paraguay?

---

(1) El Visconde de Ouro Preto, Ministro de Marina del imperio del Brasil, durante la guerra del Paraguay, dice: «el Paraguay no adhirió al tratado de Paris, reservandose el derecho de armar *corsarios*, y segun informes auténticos, trataba de poner en práctica ese medio de guerra» (*A marinhad' Outr'-Ora*).

¿Cruzando las misiones y el Rio Uruguay? ¿O retirandose á travez del Chaco?

No, pues los *corsarios* hubieran vigilado el curso del *Rio Uruguay*, de manera que nadie lo hubiera podido cruzar impúnemente, de una á otra orilla.

En cuanto al *Rio Paraná*, hubiera quedado herméticamente clausurado en *Martín Garcia*, sin que pudiera pasar un solo bote.

La retirada de los ejércitos aliados que se tentare por las *misiones* ó por el *Chaco*, habría sido de ejecución harto desastroso, sino imposible, con un tren militar enorme.

En todo caso, la guerra habría terminado con la toma ó destrucción de los buques de guerra, que constituian la escuadra de la triple alianza.

Por consiguiente, es más que probable que los ejércitos de mar y tierra aislados, combatidos por el hambre y las fuerzas paraguayas en su encierro dentro del dominio de la República, se hubieran visto en la forzosa obligación de cesar en sus operaciones bélicas, ó capitular en peores condiciones que la división de Estigarribia en *Uruguayana*.

¿Es una ilusión? ¿Una exageración? El criterio del lector se lo dirá.

Cualquiera que conozca el temple y la pericia profesional de los marinos americanos encargados de dirigir las operaciones navales de los poderosos *corsarios* paraguayos que se hubieran lanzado al mar, no podrá dudar de la infabilidad de su éxito.

Así, lcs Estados que han constituido la triple alianza, con el criminal propósito, confesado en pacto internacional, de desmembrar y destruir á la República del Paraguay, son deudores de una *estátua de bronce* al Mariscal Paraguayo F. S. Lopez, por haber este olvidado de facultar espresa y oportunamente á su representante diplomático, á proceder á la organización y despacho de buques *corsarios*, en operaciones de guerra.

CAPÍTULO VIII

Gestiones diplomáticas

I

Desde que me hice cargo de la legación de la República, acreditada en Inglaterra y Francia, á mediados del año 1868, mi preocupación constante fué la de buscar los medios de poner fin á la desastrosa guerra que sostenía el Paraguay, hacia ya cuatro años, contra la triple alianza. Solo la falta absoluta de recursos me impedia desarrollar mi acción oficial.

Departiendo con mi ilustre amigo el Dr. Juan B. Alberdi sobre la manera de conseguir la cesación de la guerra, por medio de la mediación colectiva de las naciones amigas, él opinaba que las potencias más suceptibles de intervenir en la guerra de los paises del Rio de la Plata, eran la Inglaterra, Francia y Estados Unidos, por las razones que aducía. Por mi parte, estaba conforme con su autorizada opinión;

y felizmente, en la angustiosa situación en que se encontraba la Legación de la República á mi cargo, recibí en los primeros meses del año 1869 una remesa de fondos, que el gobierno de la República había podido hacerme para los gastos de la legación. En posesión de estos recursos de que carecía, preparé sin pérdida de tiempo y con la discreción necesaria, un viaje á Estados Unidos, con el objeto exclusivo de conferenciar con el presidente general Grant, sobre una mediación colectiva en la guerra del Paraguay.

Previne de mi corta ausencia al Señor Marquéz de Lavalette, ministro de Relaciones Exteriores de Napoleón III. A la vez le presenté el jóven Emiliano López, que designé para dejar encargado interinamente de la legación, durante mi ausencia.

Al Secretario de la legación, Don Gerónimo Peres, que iba á ser mi compañero de viaje, le dejé ignorar el itinerario de nuestro viaje. Le decía que ibamos á Inglaterra; no porque tuviera motivos para desconfiar de su discreción y lealtad, como amigo y como ciudadano, sinó porque su

esposa, de nacionalidad extranjera, tenia dos hermanos, cuya conducta no me inspiraba confianza.

Mi propósito era salir de Europa sin que los ministros de la triple alianza, acreditados en París y Londres, se apercibieran de mi partida á Estados Unidos. Asi no podrían prevenir, por telégrafo, á sus colegas de Washington, de mi viaje á esta Capital.

Antes de mi partida comuniqué, en *particular,* mi viaje á Estados Unidos, á mi colega y amigo el general Díx, ministro en Paris de aquel gran país americano. Me dió tarjeta de introducción para el Secretario de Estado, señor Hamilton Fisch, y otra para su familia, residente en New-York.

El 9 de Abril 1869, nos embarcamos en el Havre abordo del paquete *Pereire* con destino á New-York. Cuando ya nos encontrabamos en alta mar, descubrí á mi Secretario y excelente amigo, Señor Peres, el verdadero rumbo y objeto de nuestro viaje. Le expliqué el motivo de la reserva que había usado con él, de la que se dió cuenta, quedando plenamente satisfecho.

II

Después de una travesia tempestuosa de 14 dias entramos en la rada de New-York, el 22 de Abril. En la tarde del mismo dia tomamos el tren para Washington, donde amanecimos el día siguiente.

En los diarios de la Capital. encontramos noticias telegráficas, anunciando nuestro arribo en calidad de comisionados del gobierno del Paraguay. La misma noticia contenían los diarios de New-York, que fueron por el tren nocturno que nos condujo à Washington. La noticia fué obtenida, sin duda, por la aduana, donde me ví en la necesidad de revelar nuestro carácter público, por evitar el pago de exagerados impuestos que querían cobrarnos por objetos de nuestro uso personal.

Una vez en Washington, y en previsión de los pasos obstruccionistas que pudieran dar los representantes diplomáticos del imperio del Brasil y de la República Argentina, Dres. Magalhaens y Manuel Garcia, y otros enemigos del gobierno paraguayo, como Mr. Washburne, ex-ministro ameri-

cano en la Asunción, Cornelio Bliss y otros, no perdí tiempo en realizar el objeto primordial de mi viaje á Estados Unidos. Así, en la mañana (10 a. m.) del mismo día 22, y prévia entrevista con el Encargado de Negocios de Grecia, sobre etiqueta diplomática en el país de su residencia, nos presentamos en *White House* (Casa Blanca), palacio de Gobierno, á ver al presidente general Grant. Este alto magistrado, nos recibió en el acto que le fuimos anunciados, por el edecan de servicio, general Badau, y nos trató con marcada distinción y simpatía, Me pidió con el más vivo interés que le informára de la verdadera situación del Paraguay, y del estado de la guerra que sostenía contra la triple alianza. Le informé minuciosamente de cuanto deseaba saber, y me interesaba poner en su conocimiento.

Le dije que iba á pedirle, á nombre del pueblo paraguayo, que tenía el honor de representar, en primer lugar que conservára su legación en el Paraguay, como el centinela que tenía la noble consigna de velar por los grandes intereses de la América republicana, puesto hoy en peligro

por la guerra hecha al Paraguay por el imperio del Brasil y las Repúblicas sus aliadas.

Que el principio republicano se encontraba agredido por la influencia preponderante de la monarquía brasilera. Que la libre navegación de los afluentes del Río de la Plata, es y ha sido siempre mal vista por los paises que pretendían heredar el monopolio de España y Portugal. Que el tratado firmado por los Estados Unidos con los países del Río de la Plata, y que consagra la libertad fluvial, ha sido objeto de una protesta, por parte del imperio del Brasil y de Buenos Aires.

Que la existencia de la República del Paraguay, era la garantía natural de esa libertad fluvial, sin la cual su existencia como Estado Soberano, correría el más grave peligro. El Paraguay, que asi lo ha comprendido, fué el primero en inaugurar el nuevo órden de cosas, por el tratado de Marzo 1853. de libertad fluvial, que firmó, no solo con las naciones ribereñas. sinó también con las potencias marítimas de Europa y

América, la Francia, Inglaterra, Italia, Estados Unidos etc., etc.

Que el equilibrio político y geográfico entre las Repúblicas de Sud-América y el imperio del Brasil, podría romperse por el centralismo monárquico. Que la gran doctrina llamada de Monröe, se encontraba comprometida por la reconstitución proyectada del imperio del Brasil, con los territorios tomados á las repúblicas vecinas, que serian puestos bajo el cetro de un príncipe europeo.

Que esos eran los intereses americanos atacados por el imperio de Sud-America, y defendidos por el Paraguay. Que con la cuestión titulada del Paraguay, que en realidad no era otra cosa, sino la reconstitución del imperio del Brasil, se renovaba la cuestión mejicana, que en el terreno del derecho americano se creia ya resuelta en favor de la causa repúblicana.

Que el Emperador del Brasil no tenía heredero masculino; que el Conde d'Eu, generalísimo de los ejércitos aliados, invasores del Paraguay, era esposo de la heredera de la corona imperial. Que no era un príncipe cualquiera, que pertenecia á un partido numeroso

en Europa. Que por eso la cuestión paraguaya inspiraba el más vivo interés á ese partido político, que vería con satisfacción instalarse su representante en un trono americano, si la guerra de invasión al Paraguay fuera dirijida con éxito por el nuevo general en gefe, Conde d'Eu, príncipe de la casa de Orleans.

Que el heredero del trono de los Braganza, no era un Braganza, sino un Borbon-Orleans. Que lo que en España y en Francia no era más que la aspiración del partido burgues, en el Brasil era ya casi un hecho consumado. Que el actual Emperador del Brasil, manejado por los Orleanistas, no era, desde luego, sino una máquina que movia á los presidentes de la República Oriental y de la Confederación Argentina.

Que el imperio del Brasil pretendia ocupar en Sud-America la posición ocupada en el Norte por los Estados Unidos. Que para que esta pretension fuese justificada, seria necesario que los Estados Unidos no estuviesen presentes en Sud-América, por medio de una poderosa marina, muy superior á la del Brasil, y que las instituciones serviles desaparecieran

en aquel imperio. Que era necesario, además, que los Estados Unidos cesasen de ser la escuela de la democracia y el gran ejemploque aparece á la vista de nuestras jóvenes repúblicas.

Hay otra consideración, agregué, sobre la cual llamo especialmente la atención de V. E., porque ella interesa particularmente á los Estados Unidos, es esta: Los Estados Unidos del Atlántico no pueden comunicar por mar con los Estados del Pacífico, sinó por intermedio de las costas del Brasil y de Sud-América (1); de suerte que si elBrasil cayése, como es posible, bajo la influencia ó dominio de un poderoso estado marítimo de Europa, este tendria grandes ventajas materiales en caso de un conflicto internacional, que pondrían en peligro la integridad naval de los Estados Unidos.

Se dice, continué, que la guerra del Paraguay, que se prolonga sin que ningun motivo la justifique, es contra la persona de un solo hombre, el presidente mariscal López; pero en realidad esa guerra repercute sobre la civilización, sobre la humanidad, y sobre los

(1) La estensa vía férrea de San Francisco de California no existía aún entonces.

intereses primordiales de los estados republicanos del hemísferio americano.

El pueblo paraguayo, que fué provocado á la lucha por el imperio del Brasil y la República Argentina, está de acuerdo con su presidente, y defiende su libertad interior y su independencia exterior, contra sus obstinados agresores, porque aspira á ser libre, y á no ser dominado por ningun poder estraño.

No es creible que los Estados Unidos y los demás países de América lleven su complacencia hasta dejar al gobierno de San Cristobal la completa libertad de reformar á su antojo, en provecho de su corona, el mapa de Sud-América. Para evitar esa transformación geográfica de la América republicana, vengo á pedirle tambien, á nombre del pueblo paraguayo, se digne ofrecer á los beligerantes su mediación amistosa, conjuntamente con alguna de las grandes potencias marítimas de Europa, á fin de poner término á la lucha tan desigual, que la República del Paraguay sostiene contra los ejércitos invasores del imperio del Brasil y de las dos repúblicas, sus aliadas, que han

decretado el exterminio de un pueblo americano, que no comete, ni ha cometido, otro delito que el de defender su independencia, la integridad de su territorio, y la libertad de la navegación de sus rios, asi como la causa de la democracia en esa parte de Sud-América, contra la agresión del imperio del nuevo continente.

Esta fué la exposición que sometí á la consideración del presidente Grant. Este alto magistrado me escuchó con todo el interés que debe esperarse del gefe de una gran nacion americana, que ha adoptado y práctica de un modo ejemplar el sistema democrático, como forma de su gobierno.

Me respondió que transmitiera, de su parte, al Mariscal López, la seguridad de que el gobierno de los Estados Unidos no variaría su política de amistad y de simpatia por el Paraguay.

En cuanto á la mediación que solicitaba de él, me advirtió que su gobierno había ya por dos veces ofrecido, anteriormente, sus buenos oficios á los beligerantes, y que los paises aliados no los habían admitido.

Contesté al general Grant, que tenia co-

nocimiento de esos antecedentes, es decir, de que los tres poderes aliados que combatían á mi país, habían rechazado los buenos oficios que, á nombre de sus respectivos gobiernos, les habían ofrecido los representantes diplomáticos de Estados Unidos, de Inglaterra y de algunos Estados del Pacífico; pero que, no obstante, me permitía esperar que la justa causa del Paraguay, que á la vez era de toda la América republicana, merecería, en la forma que le indicaba, el apoyo eficáz de la poderosa influencia de la gran República de la América del Norte, en los destinos de los países de Sud-América.

Después de haber dado al general presidente Grant las explicaciones que me pidió, sobre el verdadero estado de la guerra, le insté que se dignára decirme, categóricamente, si su gobierno estaría dispuesto á renovar la oferta de su mediación amistosa á los beligerantes, en la forma que me permitía sugerirle, es decir, colectivamente con una de las grandes naciones marítimas de Europa, en caso que yo consiguiera con una de ellas que se uniese á Estados Unidos, con el noble fin de poner

término á una lucha, que á medida que se prolongaba, asumía un carácter de horrible carnicería humana.

El general Grant me contestó que su gobierno no tendría ningun inconveniente en repetir la oferta de su mediación amistosa á los estados beligerantes, sea con Inglaterra ó con la Francia, siempre que el gobierno de estos países lo quisieran, pues no quería exponerse á un tercer rechazo, por parte de los países aliados.

Le prometí dar los pasos necesarios cerca de los gobiernos inglés y francés, en cuanto estubiera de regreso en Europa, en el sentido de obtener la aquiescencia de uno de ellos, al proyecto de mediación colectiva, y que, desde ya, podía casi asegurarle que la obtendría de la Francia.

El general Grant me manifestó su completa conformidad.

Por mi parte, tenía el presentimiento, fundado en el espíritu generoso que el pueblo francés ha demostrado siempre hacia el Paraguay, en el curso de la guerra, de que conseguiría del Emperador Napoleon que se uniera al gobierno de los Estados Unidos,

á efecto de llevar á la práctica la mediación colectiva que solicitaba, en la guerra del Paraguay.

Satisfecho plenamente el objeto primordial de nuestra larga visita al Gefe de Estado de la gran nación americana, nos despedimos de él. Al separarnos el general Grant me pidió que viera y conferenciara con su ministro de Relaciones Esteriores, Mr. Fisch, sobre todos los puntos de que le habìa entretenido.

Antes de retirarnos puse en sus manos un *Memorandum*, conteniendo todos los tópicos de nuestra estensa conferencia, estractada arriba.

III

De la *Casa Blanca*, nos dirijimos á visitar á los Ministros de Estado, y á otros personages caracterizados de la administración del general Grant, entre los cuales el célebre senador Sumner, el general Banks, presídente del Comité de Negocios Estrangeros de la Cámara de Diputados, Mr. Chasse, presidente de la Suprema Corte de Justicia, y otras entidades influyentes en la política exterior de aquel gran país.

A todos ellos les merecimos la más cordial y halagüeña acojida. Se manifestaron, con franqueza, calurosos partidarios de la causa del Paraguay, en su lucha con el imperio del Brasil.

Al senador Sumner y á Mr. Chase, con quienes tuve largas conferencias, ese mismo día, les dí datos y explicaciones minuciosos sobre las verdaderas causas y objeto de la guerra, hecha por el imperio brasilero al Paraguay. Ambos, con su ilustrada penetración y experiencia, se dieron fácilmente cuenta de lo que les exponia.

De pública notoriedad era la influencia real, que en aquella época ejercia el senador Sumner, tanto en el Congreso Americano, como en el consejo del Gobierno del general Grant, de quien era íntimo amigo personal; por consiguiente, la amistosa acojida que le mereci y la franca expansión de sus sentimientos y opiniones personales, sobre la guerra del Paraguay, me llenaron de satisfacción, y naturalmente me hicieron concebir halagüeñas esperanzas en una mediación amistosa de los Estados Unidos en la sangrienta lucha, con que se

proseguia la destrucción total de mi pais.

El señor Sumner, en el curso de nuestra conversación, me preguntó si me parecía que el imperio del Brasil era viable.

Esto prueba el profundo discernimiento de aquel notable estadista americano. Preveia el derrumbe de la monarquia.

Le contesté que, á mi humilde juicio, y segun la opinión de hombres pensadores de Américá, el imperio Sud-Americano no podría subsistir por mucho tiempo, si tuviere que permanecer en Rio Janeiro, es decir, en la *zona tórrida*; pero que si lograse estender su dominio á los Estados del Plata, y estableciese allí su corte, entonces, no solo seria viable, sinó que podría llegar á prosperar y á estender su influencia á los estados republicanos de su vecindad. Que el imperio comprendía perfectamente que su vitalidad tenia que ser decadente, permaneciendo en la *zona tórrida*, y que so pena de perecer, le era indispensable salir, á todo trance, á las tierras templadas, en que están las repúblicas del Rio de la Plata. De ahí la sed del imperio de conquistar los estados republicanos de su vecindad,

y la explicación de la guerra del Paraguay.

El honorable senador, habiendo escuchado con religiosa atención la explicación que le dí de la tendencia tradicional de la política imperial en el Rio de la Plata, dijo: «Sí, indudablemente la guerra por parte del imperio, es de conquista y dominación, *pero á la vez puede ser tambien de ruina para su trono.»*

Mi eminente interlocutor me preguntó si el Mariscal Lopez tenía aún elementos para poder resistir á la agresión de los aliados, y si habia en el Paraguay un hombre capaz de sustituirle en la defensa del país, en el caso de que le sucediera algun percance fatal, que le impidiese continuar en la dirección de la campaña.

Le contesté que López poseía todavía algunas fuerzas para combatir á la invasión extrangera; y que no faltarían jefes de su ejército que asumiesen el mando de las fuerzas de la República, para proseguir la defensa del país, si el Mariscal fuese víctima de algun accidente de guerra.

El señor Sumner me manifestó interés de conocer los nombres de los jefes milita-

res á que me refería. Le cité los generales Caballero, Resquin, Roa, Delgado, como los más capaces de asumir, en caso necesario, el mando de los ejércitos de la República, y dirijir sus operaciones de guerra, con pericia y firmeza.

Que Caballero era el brazo derecho y favorito de López, y uno de los jefes más intrépidos del ejército paraguayo. Que Resquin era hábil organizador, que desde el principio de la guerra venía desempeñando las funciones de Gefe de Estado Mayor general de los Ejércitos de la República. Que los generales Roa y Delgado, por su bravura é inquebrantable fidalidad á su bandera, eran dignos compañeros de armas de los primeros citados.

En la estensa y variada conversación que tuvimos, el senador Sumner me significó que la política de los Estados Unidos se conservaría, como hasta entonces, amistosa y simpática hacia el Paraguay. Le dije que la demostración de la amistad de Estados Unidos, sería para el Paraguay un poderoso estímulo en la defensa de su causa, que, á la vez, era de toda la América repu-

blicana, contra la agresión del imperio exótico del continente americano.

Al despedirme, le ofrecí mandarle algunos documentos referentes á la guerra del Paraguay, de que se ocupaba en aquel momento el Comité del Senado, que él presidía. Los aceptó agradecido, prometiéndome que los leería con todo el interés que le inspiraba la causa republicana del Paraguay.

Le mandé con mi secretario señor Perez, los libros siguientes: *Las Disenciones de los paises del Plata;* la *protesta de los Estados del Pacífico,* conteniendo el tratado secreto de 1° de Mayo 1865; la *política del Brasil* sobre la apertura del Amazonas; la *colección* de los documentos oficiales, cambiados entre el gobierno paraguayo y el Ministro Washburn; y la *historia secreta* escrita por Bliss. Al ver este último libro, el señor Sumner esclamó, «oh! *c'est trop fort»,* según me refirió el portador. Le preguntó á Pérez, si el libro era escrito por Bliss. Le contestó en la afirmativa.

IV

De la casa del señor Sumner fuimos á visitar al señor Chasse, presidente de la Corte Suprema de Justicia. Este eminente jurisconsulto americano, nos acojió con perfecta civilidad, manifestándose muy agradecido por la atención de nuestra visita. Nos preguntó, con el más vivo interés por el Paraguay, el estado de la guerra, y si no había posibilidad de terminarla, por medio de una paz honrosa para ambas partes.

Como al senador Sumner expliqué con detención al señor Chasse la situación real del país, y los verdaderos propósitos de la guerra, por parte de los enemigos del Paraguay; que la guerra no era hecha solo al Paraguay, sinó á todos los Estados republicanos de América, y en particular á los que se encontraban inmediatos al imperio del Brasil.

El señor Chasse corroboró con la autoridad de su palabra, todo lo que le decía respecto á los fines de la guerra. Opinó que no había duda de que el propósito del imperio en la guerra del Paraguay. era

de dominación de los países republicanos del Rio de la Plata, por cuya razón la causa del Paraguay, tenía las simpatías de los Estados Unidos.

Le declaré que esas simpatías de la gran nación americana, alentaban al pueblo paraguayo en la defensa de la independencia de su nacionalidad, y de la integridad de su territorio, contra la invasión de tres Estados coaligados.

El señor Chasse decía que el Imperio proseguiría la guerra con mucha dificultad, teniendo que transportar todos sus elementos bélicos à enormes distancias; que ellos acababan de aprender lo que costaba una guerra en teatros lejanos; que el Paraguay tenía la ventaja sobre sus adversarios de estar en su casa, y que la nación era completamente homogénea para la defensa de su territorio, y la independencia de su nacionalidad; que esa homogeneidad y la decisión del pueblo paraguayo, le hacían fuerte. Que ellos no hubieran jamás sometido á los Estados del Sud, si estos hubiesen tenido unión en la decisión del pueblo, cuyos habitantes eran de razas diferentes.

Que en el Brasil tampoco podia haber esa decisión unánime, para la continuación de la guerra contra el Paraguay, por la diversidad de razas de color de su población, mientras que en el Paraguay no existia ese gran inconveniente.

Al salir de la casa del señor Chasse, nos dirijimos al domicilio del general Banks, presidente del Comité Negocios de Extrangeros de la Cámara de Diputados. Tenia particular interés en conversar con él, sobre los asuntos del Paraguay, de que se ocupaba también, en aquellos momentos, el Comité de su presidencia.

El general Banks, hombre formal, de aquellos carácteres que se pueden quebrar pero no doblegar, muy amigo del general Grant, nos recibió con la mas fina cordialidad. Le expresé el objeto especial de mi visita á Estados Unidos, que tenía particular interés de conversar con él, sobre los asuntos de mi país. Me manifestó en términos amistosos su agradecimiento por nuestra visita, y nos felicitó por haber hecho el viaje á su pais.

En seguida, me hizo varias preguntas

sobre el estado de cosas en el Paraguay, la situacion del pais, y si el gobierno de la República poseía aun recursos para poder sostener la lucha armada. A todas sus preguntas respondí á su satisfacción, dandole los menores detallés, referentes á los asuntos del Paraguay.

El general Banks, dijo que no se comprendía en Estados Unidos, cómo y porque el señor Washburn, ex-Ministro americano en el Paraguay, había tenido tan sérias diferencias con el gobierno paraguayo.

Para obviar la exposición de los pormenores de la enojosa diferencía á que aludía. me limité á decirle que entendia que esas dificultades estaban yá zanjadas por el nuevo Ministro Americano, general Mac-Mahon. Efectivamente, repuso, todo está arreglado satisfactoriamente.

Llenado el objeto especial de nuestra visita al ilustre general, nos despedimos de él.

En la noche de ese mismo día fuimos á visitar al Ministro de Marina, señor Borrie, que nos recibió con suma afabilidad. El general Badau, 1er Edecan del presidente Grant,

estaba con él. El Ministro Borrie, era un hombre como de 60 años, de figura distinguida y maneras cultas. Hablaba el francés correctamente, como todos los estadistas de su país.

A la exposición que le hice del objeto que nos había llevado á su pais, me respondió en términos complacidos, que habíamos hecho muy bien de haber efectuado nuestro viaje, por cuanto las simpatías del pueblo americano, se habían pronunciado calurosamente en favor del Paraguay, desde el principio de su lucha armada, con la triple alianza, de que formaba parte principal un imperio.

El señor Borrie me preguntó si sabía donde se encontraba el Ministro Americano general Mac-Mahon, de quien nada sabían ellos hacía ya algun tiempo. Le respondí que el Ministro Mac-Mahon se encontraba en *Piribebuy*, capital provisoria del Paraguay. Que la falta de sus noticias consistia en que los poderes aliados, invasores del país, interceptaban todas las correspondencias procedentes del Paraguay, afin de que

por ese medio se ignorase en el extrangero la verdadera situación de la guerra.

Le expliqué, minuciosamente, tal como había explicado á los demas personages que había tratado con anterioridad, los motivos y el interés que tenían los aliados de conservar al Paraguay completamente privado del contacto del mundo; que de esta manera transmitían al exterior las noticias que á ellos les convenia. Que habiendo ocupado la Capital abandonada del Paraguay, pretendían hacer creer que habían destruido todo el ejército de López, y que la guerra estaba concluida. Para conseguir este fin, no permitían que ninguna clase de correspondencia, ni de periódicos saliesen del país al exterior, que pudieran revelar la verdad de lo que pasaba en el teatro de la guerra.

El señor Borrie se dió cuenta entonces de la verdadera causa que les tenía privados de las noticias de su Ministro, residente en el Paraguay.

Me indicó la conveniencia de ver al Secretario de Estado, señor Fisch, é informarle detalladamente del estado de la guerra. Le agradecí su amistosa indicación, y le dije

hubiera anticipado á ella, si el ministro no que me se encontrase en aquel momento ausente, en New-York; pero que tan pronto como regresase, tendria el honor de ir á saludarle.

El día siguiente recibí la visita del general Banks. Estuvo franco y expansivo, durante nuestra larga conversación. Después de referir varios episodios de la última guerra de secesión de su país, en que él había actuado con distinción, hablamos de la guerra del Paraguay. Expresó sin ambages sus simpatías por la causa del pueblo paraguayo, en guerra con la triple alianza, y su aversión profunda por la del imperio Sud-Americano. A su juicio, la existencia de este imperio en América, era un peligro, y una amenaza permanentes para todos los estados independientes, regidos por instituciones democráticas. Que la guerra del Paraguay era la última faz de la dominación de la Europa monárquica en el continente Americano.

El general Banks, con la franqueza que le caracterizaba, dijo que era necesario que la Europa abandonase las 60 y tantas islas que aun poseía en el golfo de Méjico, afin

de que toda la América, perteneciera á los americanos.

Corroborando sus ideas le demostré, con antecedentes históricos, cuáles serían los resultados inmediatos del triunfo del imperio sobre la República del Paraguay; que esta, en su lucha con los aliados, defendía la causa y los intereses de todos los estados republicanos de América, contra la preponderancia absorvente de la monarquía brasilera.

En el curso de nuestra conversación el general Banks me hizo la confidencia de que las instrucciones dadas al Ministro Americano general Mac-Mahon, le prescribían seguír al gobierno del Mariscal López, á cualquier punto del pais donde se instalare.

Le agradecí la noticia que me daba, significandole que la presencia del representante oficial de los Estados Unidos en el Paraguay, no podia dejar de causar embarazos y desagrados á los gobiernos de la triple alianza, que veían en la persona del Ministro Americano un testigo incómodo de la crueldad con que proseguían el exterminio del pueblo paraguayo.

El general Banks, me afirmó que los Estados Unidos tenían más simpatías y preferencia, no solo por el Paraguay, sinó por cualquier estado republícano de América, aunque les fuera el más hóstil, que la más poderosa nación monárquica. Que era necesario que todos los paìses republicanos se pusieran de acuerdo, ó hiciesen causa comun, para garantirse reciprocamente contra las veleidades de usurpación de los príncipes europeos.

Me recomendó que si hablase con el Presidente Grant, le manifestase con franqueza la manera de pensar sobre el particular de los hombres de Sud América, á fin de que lo supiese por intermedio de los mismos americanos.

Al despedirse me pidió encarecidamente que le mandara todos los documentos que tuviere, relativos á la guerra del Paraguay.

V

Estando de regreso de New York en esos días, el Secretario de Estado, señor Fisch, fuí á verle en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

El señor Fisch me acogió con las mismas demostraciones de amistad y vivas simpatías por la causa del Paraguay, con que me habían recibido y tratado el Presidente Grant y los demás estadistas americanos.

Le entregué la carta de presentación que había llevado para él de mi colega y amigo el general Dix, ministro americano en París.

Tuvimos una estensa y variada conferencia con el honorable secretario de Estado. Examinamos el teatro de la guerra del Paraguay sobre un mapa á la vista.

Respecto á la conservación en el Paraguay de la legación americana, y la intervención colectiva de los Estados Unidos con una de las grandes potencias marítimas de Europa, con el fin de cortar la guerra entre el Paraguay y los aliados, el secretario de Estado me manifestó la misma buena disposición que me habían expresado el general Grant y otros hombres de Estado, con quienes había hablado anteriormente.

Sin embargo, Mr. Fisch, con sus vistas penetrantes de estadista eminente, se apercibió desde luego, del sério inconveniente

que se presentaba á los Estados Unidos, para asumir una actitud decisiva, bajo el carácter de mediador; cuyo inconveniente consistía en la situación desesperante en que cada día se encontraba el gobierno del Mariscal López. No obstante, me dió la seguridad de que el Gobierno de la Unión se uniría al de la Francia ó al de Inglaterra, si estos quisiesen ofrecer colectivamente sus buenos oficios á los beligerantes, á fin de buscar un término á la lucha destructora que se proseguia entre el Paraguay y los aliados.

La objeción del honorable ministro era sensata. Con todo, no cesé de insistir cerca de él, como había insistido cerca de los demás personajes americanos, en la urgente necesidad de cortar la guerra, que cada vez más asumia un carácter salvaje, de exterminio del pueblo paraguayo, por parte de los invasores.

Mi anhelo ardiente era salvar, si aun fuere posible, el resto de la población paraguaya con sus intereses, que aún subsistían entonces. En este sentido, y con este propósito, fueron ejercitados mis esfuerzos

y trabajos cerca de los hombres públicos de aquel gran país americano.

El señor Fisch se manifestó convencido de las tendencias del imperio del Brasil á la dominación política de los estados del Río de la Plata. Confirmando su opinión le recordé, con datos y antecedentes históricos, la misión enviada á Europa por el imperio en 1830, el objeto y resultado que tuvo; llamé su atención sobre la coincidencia de la guerra hecha al Paraguay por la triple alianza, con la de Méjico, en cuya feliz terminación el gobiernode los Estados Unidos tuvo una parte principalísima.

Me extendí largamente sobre este particular.

Mi interloculor me pidió le diera con franqueza las noticias exactas del teatro de la guerra que yo tuviese. Sí el Presidente López tenía aun alguna fuerza para poder continuar la resistencia á los invasores. Era la pregunta que todos me hacían.

Mi respuesta fué que la noticia más grave que yo había recibido, era la de que el Emperador Don Pedro II había resuelto

imprimir á la guerra del Paraguay mayor actividad y energía; que al efecto, había reemplazado á su viejo Mariscal Caxias con su yerno el Conde d'Eu, príncipe de la familia Orleans de Francia, en el mando de los ejércitos aliados.

Que aunque me era difícil calcular con precisión las fuerzas del Presidente López, suponía que tuviese aun las suficientes para defender el suelo paraguayo, contra los invasores. Que los aliados le daban 11.000 hombres, y que en mi concepto podía tener aún ese número, en razón de que todo el país estaba en pié de guerra para combatir á la invasión; que los aliados abusaban del bloqueo en que ténian al Paraguay, desde el principio de la guerra, para lanzar sobre este país toda clase de ultrajes, y propagar noticias falsas sobre su situación, sus medios de defensa etc., sin que nada se pudiera obtener directamente del campo paraguayo, para rectificarlas.

Después de una estensa conferencia, de cerca de dos horas, cón el señor Fisch, me despedí de él, previniéndole que había dejado al señor Presidente Grant una *memo-*

ria escrita del objeto especial de mi visita á Estados Unidos. El señor ministro me respondió que la tenía ya en su poder, que el Presidente se la había entregado, con recomendación especial de estudiarla. Estaba sobre su escritorio.

Eran á la sazon Ministro del Brazil en Washington, el señor Magalhaens, y de la República Argentina, el Doctor Manuel García, antiguo secretario de la legación argentina en París. Ambos tuvieron conocimiento de mi presencia en la Capital de su residencia, ya después que dí todos los pasos concernientes al objeto de mi viaje á Washington, según me lo refirió amistosamente más tarde, en Buenos Aires, el señor Magalhaens, Baron de Araguaya.

Llenado el objeto primordial, de nuestro viaje á Estados Unidos, de un modo bastante satisfactorio, preparamos nuestro regreso á Europa. Hice las visitas de despedida á S. E. el señor Presidente Grant, y á varios personajes americanos que había tratado durante mi corta permanencia en la Capital de la Unión americana. El general Grant se mostró algún tanto reservado con-

migo sobre la guerra del Paraguay, de que me había hablado con tanto interés en mi primera visita. Bien se veía que los activos representantes diplomáticos de los países enemigos habían andado ya por allí, con pretensiones, sin duda, de embarazar las gestiones, que suponían serían hechas por mí, cerca del gabinete americano. No obstante, el general Grant me reiteró lo que me había dicho en nuestra primera entrevista, respecto á la intervención colectiva de Estados Unidos, con una de las grandes potencias marítimas de Europa, en la guerra del Plata.

Le agradecí nuevamente á nombre del pueblo paraguayo su generosa disposición y que en cuanto llegáse á Europa me acercaría al gobierno de una de las grandes naciones, que probablemente sería la Francia, según se lo había anticipado ya, á fin de obtener de ella que se uniera á Estados Unidos para ofrecer colectivamente sus buenos oficios á los beligerantes del Río de la Plata.

Las entrevistas que tuve, con igual motivo, con el ministro de Relaciones Exteriores

señor Fisch, y los señores senador Sumner y el diputado general Banks, y otros personajes, fueron muy halagüeñas, al menos á estar á la exterioridad de sus manifestaciones.

Sin embargo, y apesar de esas demostraciones de ostensible amistad, y conociendo la tradición de la política positivista de la gran república americana, de quien el Paraguay se halla separado por una inmensa distancia, y sobre todo, habiendo sido yá por demas exhausta la situación del país, no podía menos que concebir dolorosas dudas sobre la realización de las lisonjéras promesas que me hacían los eminentes personajes americanos, con quienes tuve el honor de tratar la cuestión de la guerra del Paraguay.

El senador Sumner, el diputado, general Banks, Mr. Chasse y otras personalidades de alta significación política, habían manifestado con entusiasmo sus simpatías por la causa republicana del Paraguay, en su lucha con el imperio del Brasil.

Se daban perfectamente cuenta de que el Conde d'Eu, principe europeo, casado con la

heredera de la corona del Brasil, y que mandaba en jefe los ejércitos aliados en el Paraguay, era el destinado á gobernar el imperio Sud-Americano, si alguna circunstancia imprevista no viniese á trastornar el estado de cosas en el Imperio.

Nuestra permanencia en Estados Unidos, duró quince días. El pueblo americano y la prensa de aquel país, con el buen sentido práctico que les caracteriza, atribuyeron desde luego, á nuestro viaje á Estados Unidos su verdadero objeto.

Los diarios de Washington y de New-York, se expresaban en términos sumamente favorables al objeto que atribuían á nuestra presencia en la Capital de la Unión americana. El *New York Herald*, el más importante y el mas popular órgano de publicidad de los Estados Unidos, y puede decirse del mundo, hizo publicaciones muy amistosas hacía el Paraguay, insinuando al gobierno de Estados Unidos que acogiera á los comisionados paraguayos y su solicitud, con la amistad y simpatías que inspiraba al pueblo americano la causa por la cual luchaba el Paraguay. El *Herald* agregaba:

«El Paraguay defiende solo la causa de los gobiernos republícanos de la América, contra las pretensiones absorventes del imperio de Sud América.»

Esa actitud de la ilustrada prensa americana, era altamente lisongera para los defensores de los derechos del pueblo paraguayo. Por mi parte, cumplí el deber de visitar y agradecer en persona á los directores y propietarios de los diarios mencionados, que con tanta galantería se ocuparon de las cosas del Paraguay, durante nuestra corta permanencia en Estados Unidos; eran *The Chronicle*, *The Republic*, *The New York Herald*, *The Tribune* y otros.

El 2 de Mayo, dejamos Washington de regreso á Europa. De paso quedamos cuatro días en New-York, cuyo movimiento comercial en nada es inferior al de Lóndres. En cuanto á la hermosura de sus edificios y el gran lujo de la población, se notaba poca diferencia con la magnificencia de la reina de las capitales del mundo culto, París.

Visité á mis antiguos amigos y conocidos, entre ellos mi viejo colega y amigo Mr. Bigelow, ex-ministro americano en Paris á la

sazón director de la *Tribune de New-York*. El señor Bennet, director y propietario del coloso *New York Herald* me pidió con instancia todos los datos que pudiera proporcionarle sobre la guerra del Paraguay. Se los mandé.

El 8 de Mayo salimos del puerto de New York, con dirección al viejo mundo, á bordo del vapor paquete francés «Lafayette». Nuestro viaje se efectuó con perfecta felicidad. Tuvimos tiempo espléndido.

VI

Persiguiendo la realización del grandioso objeto que me habia llevado á Estados Unidos, y apesar de la insuficiencia de mi rango diplomático, para ser recibido en audiencia por el soberano francés, me acerqué, no obtante, al ministro de Relaciones Exteriores, el honorable Marques de Lavalette, solicitando una entrevista con el Emperador Napoleón III.

El ministro francés, acojió mi pedido con aquella civilidad exquisita, que es característica en todo francés bien educado, y me prometió transmitirlo á su soberano; advirtiéndome sin embargo, que probablemente Su

Majestad le encargaria á él de recibir el encargo que tuviera de mi gobierno para el Emperador, en razón de que los Encargados de Negocios no tenian acceso cerca de los soberanos.

La advertencia amistosa del Marques de Lavalette estaba ajustada á los principios y á la práctica del ceremonial diplomático europeo. No obstante, alimentando cierto presentimiento, que me inspiraba la bondad de mi causa, de que el monarca francés querria quizás admitirme en su presencia, insistí en mi pedido, rogando al Señor Ministro tuviera á bien de hacer presente mi solicitud al Emperador. El Marques de Lavalette me prometió llevarla á conocimiento de Su Majestad Napoleón III, en la primera entrevista que tuviere con él.

Por mi parte, aunque me constaban las simpatías de los hombres de Estado y del pueblo francés por la causa del Paraguay, no dejaba de participar de los temores del insuceso, que me anticipaba el honorable Marques, para obtener la audiencia solicitada del Emperador.

Mas, mis recelos se disiparon en dos dias,

al recibir una notita del Jefe del Gabinete del Ministro de Lavalette, señor St. Ferriol, fijandome el dia y la hora, en que S M. el Emperador Napoleón III, me recibiría en el Palacio de *Saint Cloud*, residencia de verano de la Corte.

He aqui el texto de la nota en referencia:

« Paris, le 29 Juin 1869.

«Ministère des « affaires étran- « gères-Cabinet.

« *Monsieur le Chargè d' « affaires, D. Gregorio Benites*

« *Monsieur le Marquis, de Lavalette me « charge d' avoir l' honneur de vous préve- « nir, aprés avoir pris les ordres de l' Em- « pereur, que Sa Magesté vous recevra jeu- » di prochain á dix heures au Palais de « Saint Cloud.*

« *Veuillez agrèer, Monsieur le chargé d' affaires, l' expressión de mes sentiments de « haute consideratión.*

« *Le Chef du Cabinet-St. Ferriol.* »

Traducción.

«Ministerio de
«Relaciones Exte-
«riores-Gabinete.

«París, Junio 26 1869

«*Señor Encargado de Ne-*
«*gocios, Don Gregorio*
«*Benites.*

«El Señor Marques de Lavalette me en-
«carga tener el honor de prevenir á Vd.,
«despues de haber recibido las ordenes del
«Emperador, que Su Majestad recibirá á Vd.
«el jueves próximo á las diez de la mañana,
«en el Palacio de Saint Cloud.

« Quiera aceptar, Señor Encargado de
«Negocios, la expresión de mis sentimientos
«de alta consideración.

«El Gefe del Gabinete-St. Ferriol»

A la hora del día fijado, me trasladé á Saint Cloud. El Emperador estaba con el Embajador español, señor Olózaga. Al salir este entró el Presidente de la Cámara de Diputados, señor Schneider.

En cuanto se retiró este último, fuí introducido en el Gabinete de Napoleón III. Este, en cuanto me vió, avanzó hasta la puerta á recibirme, extendiendome la mano, con una cordialidad efusiva, que no pudo menos que lisongearme profundamente, por

cuanto en aquella época, un simple gesto del soberano francés, pesaba eficazmente en la balanza de las naciones.

Al ofrecerme asiento en un sillón que se hallaba en frente del suyo, me hizo estas preguntas, con el más vivo interés.

«Cómo van los asuntos de la guerra? Cuál es la verdadera situación del Mariscal López? Le quedan aun recursos para resistir á la invasión?»

Le contesté, que aunque la situación del Paraguay no era del todo satisfactoria, todavía no era tan desesperante; que si bien los recursos del Mariscal López habían disminuido desgraciadamente, le quedaban aun algunos para poder sostener la defensa, aunque mas no fuera que haciendo la *guerra de recursos*.

Napoleón se impresionó visiblemente, y me expresó en términos expansivos sus sentimientos de adhesion á la causa comprometida del Paraguay.

Hice á mi augusto interlocutor una exposición sucinta de la situación real, y de las peripecias de la guerra, de las miras tradicionales con que la proseguian el imperio

del Brasil y sus aliados, los peligrosos y funestos resultados que podría tener, no solo, para el Paraguay, sino también para todos los paises del Rio de la Plata, el triunfo definitivo de las armas aliadas, con la destrucción del Paraguay, que luchaba con desesperación, por conservar su independencia é integridad, á la vez que la libertad de la navegación de sus rios, de que dependia su existencia política, como nación soberana.

Le expuse varias otras consideraciones de interés americano, ligado estrechamente con los de la misma Francia en la América del Sud; y que con el objeto de servir esos intereses solidarios y evitar el desastroso resultado de la guerra, iba á pedirle á nombre de la nación paraguaya, que tenía el honor de representar en su corte, quisiera interesarse por su suerte, ofreciendo sus buenos oficios á las partes beligerantes, á fin de poner término á una lucha de exterminio de un pueblo amigo de la Francia.

Llamé la atención del Emperador sobre los motivos de humanidad, de libertad y civilización, que podría invocar la generosa Francia, al ofrecer ó imponer, si fuera ne-

cesario, su mediación, con el noble propósito de cortar una guerra, que á medida que se prolongaba, iba degenerando en la más espantosa carnicería humana. Que la Francia podría dar ese paso, de acuerdo con los Estados Unidos, cuyo gobierno estaba dispuesto á combinar sus esfuerzos con los de la Francia, al objeto indicado.

Napoleón, escuchó con religiosa atención y visible interés la exposición que le hacía de la situación de la guerra, y me manifestó su perfecta conformidad con las reflexiones que sometía á su alta consideración. Me preguntó si el gobierno de Estados Unidos estaría dispuesto á ofrecer su mediación colectiva con el de la Francia, en la guerra del Paraguay.

Le respondí en la afirmativa, habiendo yo mismo, en persona, hablado recientemente con el Presidente general Grant. sobre el particular. Aquí me interrumpió el Emperador, con estas palabras: «Ha estado Vd. con el general Grant? ¿Que dice, está dispuesto á combinar una acción diplomática de acuerdo con la Francia?»

Le contesté con la palabras testuales

del Presidente Grant, sobre la materia, lo que le agradó sobre manera. Me dijo que haría dar inmediatamente instrucciones al ministro francés, residente en Washington, señor Berthemy, para que se pusiera de acuerdo con el gobierno de Estados Unidos, en el sentido de concertar una acción diplomática, tendente á poner término á la guerra del Paraguay,

Me preguntó Napoleón, si conocía la opinión del gobierno inglés sobre la prolongada guerra del Rio de la Plata. Le respondí que sus ministros se manifestaban siempre interesados por la conclusión de la lucha; que á este efecto habían hecho, por intermedio de sus agentes diplomáticos acreditados en Buenos Aires, la oferta de sus buenos oficios á los beligerantes, sin dar á esta tentativa de pacificación la formalidad de práctica.

En el curso de la estensa conferencia que me acordó el monarca francés, éste me expresó con reiteración el interés que tenía por la causa del Paraguay; me dijo, con franqueza, que el Mariscal López, en su lu-

cha contra un enemigo personal de su familia tenía toda su adhesión.

Se refería Napoleòn al Conde d' Eu general en jefe de las fuerzas brasileras en el Paraguay, y nieto del finado Rey Luis Felipe, á quien había sustituido en el trono de Francia.

Me hizo las mismas preguntas que me había hecho en Washington el senador Sumner, á saber: Si el presidente Lopez tenía en su ejército jefes capaces de sustituirle en la dirección de la guerra, en el caso de que él falleciese. Le respondí, que aun tenia algunos generales que podrian asumir el mando del ejército en caso necesario.

¿ Cuáles son esos generales ? me interrumpió Napoleón, con mucha curiosidad.

Los generales Caballero, Resquin y otros, le contesté; el primero, por el brillo de su actuación en los campos de batalla, durante el curso de la guerra, y su gran popularidad, en el ejército de la República; y el último por su genio especial de organizador y excelente táctico.»

« Sí, repuso Napoleon, esos nombres no

me son desconocidos, los tengo en buen concepto, por lo que he oido hablar de ellos.»

Después de una conferencia *tête á tête*, de más de una hora, me despedí del Emperador, haciéndome éste el siguiente encargo para el Mariscal Lopez:

«Si Vd. escribe á Lopez digale, á mi nombre, que no solo simpatizo con la causa que defiende, sinó que hago votos por su triunfo.»

El lector dirá si el resultado de mi entrevista con el poderoso soberano francés, no fué mucho más lisonjero de lo que podía lógicamente esperarse, y de lo que yo mismo me había imaginado al acercarmele, contando, sin embargo, con su benevolencia.

Al despedirme le dejé una memoria, más ó menos igual á la que había presentado al presidente general Grant, sobre el estado de la guerra, y de cuanto le habia espresado de palabra. La recibió con visible agrado. Le pedí su indulgencia por el francés en que estaba escrita; que no habiendo querido iniciar á nadie en el conocimiento

del objeto de mi visita, la había formulado yo mismo en francés.

«Eso no importa, respondióme, yo la leeré y comprenderé su contenido.»

Desgraciadamente mis esfuerzos en pró de la salvación del resto de la población del Para guay se ejercitaron ya demasiado tarde, no había que hacerse ilusión. Las noticias que llegaban del teatro de la guerra por los vapores, eran cada vez más desesperantes, para la causa del Paraguay; sobre todo, por lo que el mismo Napoleón me había prevenido, de que las «gestiones de mediación colectiva se ejercerian *infaliblemente*, siempre que la lucha se sostuviera por parte del Paraguay.»

Fatalmente era demasiado tarde, lo repito. El pueblo paraguayo había llegado al último extremo del exterminio, y el Presidente López, no pudiendo y á sostener con éxito la lucha armada, habiéndose aniquilado sus fuerzas en los últimos combates de *Ibitimí, Piribebuy y Rubio Nú*, se dirigía hacia los desiertos, á fin de hacer de las impenetrables selvas de la República sus medios de defensa.

En tal situación extrema, los dos gobiernos solicitados no podían yá, naturalmente, dar ningun paso, á objeto de la mediación colectiva, que había solicitado de ellos, so pena de verse desairados por los gobiernos de la triple alianza victoriosos, que se encontraban yá casi sin contendiente en el Paraguay.

Para que el lector pueda darse cuenta exacta de la actitud favorable del Emperador Napoleón III, de sus simpatías por la causa del Paraguay, y la razón de su alianza política con el Mariscal López, debe tener en consideración la siguiente circunstancia:

El Conde d' Eu, esposo de la heredera del trono ímperial del Brasil, es nieto, como queda dicho, del ex-rey de Francia Luis Felipe, rival de Napoleón, y cuyos herederos representan al partido francés llamado de *Orleans*, que es numeroso y bastante fuerte en Francia, por la calidad y las condiciones sociales de sus elementos constitutivos.

En efecto, era natural que, muerto Don Pedro II, su trono fuese ocupado por su hija la heredera constitucional, esposa del Con-

de d' Eu. y entonces bien se comprende, que no sería la mujer quien gobernase en el Brasil, sino su esposo el Conde d' Eu, príncipe europeo, inteligente y de grandes aspiraciones. Esto lo comprendía perfectamente Napoleón III y los estadistas americanos.

En todos los países monárquicos donde los tronos son ocupados por mujeres, la influencia del esposo siempre impera, al menos que el hombre no fuese del temple de Don Francisco de Asis de España. Las condiciones sociales é intelectuales del Conde d' Eu son muy superiores. Esta circunstancia tenía un peso enorme en la consideración del gobíerno de los Estados Unidos y de Napoleón III, por cuanto con el Conde d' Eu en el trono del Brasil, la monarquia podría, quizas, consolidarse en América, con sus propíos elementos y con los de Europa.

Es evidente, á estar al resultado de mis conferencias con el Presidente Grant y el Emperador Napoleón, que si la diplomacia paraguaya hubiese dado los pasos que se relatan en este capítulo, cuando el gobierno de López se encontraba aun en posesión de todo el pais y con suficientes elementos de

defensa, la acción diplomática combinada de la Francia y Estados Unidos, se hubiera indudablemente ejercitado con seguro éxito. Pero, desgraciadamente, la destrucción del Paraguay y su ocupación casi total por las fuerzas enemigas eran yá hechos consumados, en el año 1869.

El mismo dia de la audiencia de Napoleon III, dirigí una nota al secretario de Estado de Estados Unidos, señor Fisch, participándole el resultado satisfactorio de mis gestiones cerca del gobierno francés. Le mandé mí comunicación por intermedio de la legación americana residente en Francia, regenteada entonces por el secretario de legación, coronel Hoffman, en ausencia del Ministro Washburn.

En la tarde del dia 8 de Julio, concurrí á la recepción diplomática del Ministerio de Relaciones Exteriores, y agradecí al Marques de Lavalette por su eficaz intervención en la entrevista que tuve con S. M. el Emperador Napoleón.

Hablando de la guerra del Paraguay me dijo el Marques de Lavalette, que le parecía muy dificil yá que se pudiera iniciar nin-

guna negociación diplomática, en el sentido de llevar á la práctica la mediación colectiva de Francia y Estados Unidos, en la guerra de los países del Plata, por la razón de que la situación del gobierno del Presidente López había llegado á ser yá insostenible, que no tenía paradero fijo, y que sus enemigos dominaban yá completamente el país.

Desgraciadamente, el eminente estadista francés tenía razón.

Tuve, por tanto, que lamentar las circunstancias que impidieron el éxito trascendental de mis esfuerzos, hechos en pró de la población é intereses del Paraguay, que aun subsistian, cuyos esfuerzos se habían iniciado bajo tan lisonjeros auspicios, cerca de los gobiernos más influyentes en los destinos de América y Europa, Estados Unidos y Francia.

Las noticias que llegaban á Europa del teatro de la guerra, crecían sucesivamente en gravedad para el Paraguay, hasta que al fin se recibió el dia 13 de Abril 1870, un telegrama de Lisboa, anunciando la conclusión de la guerra, con la muerte del Ma-

riscal López, en la última jornada del 1° de Marzo en *Cerro-Corá.*

Con esta noticia que en tres dias fué fatalmente confirmada por las correspondencias y diarios de Rio de la Plata, tuve que cesar, como es de práctica, en mis funciones diplomáticas, conservando, no obstante, mi carácter oficial de representante de la República del Paraguay.

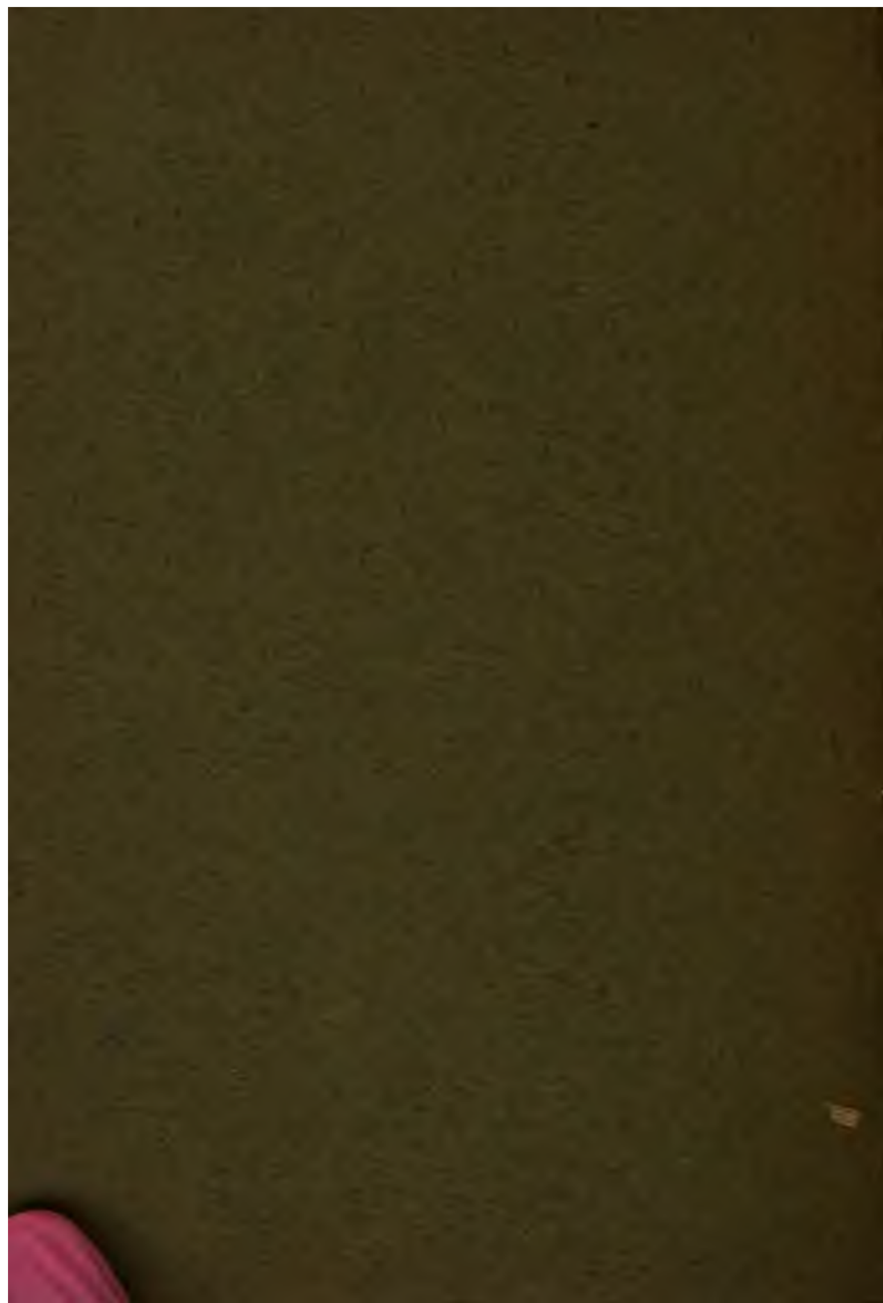
FIN.

INDICE









34
45
48
61


MAY 8 1918

